6397

Lucrecia Borgia

Victor Hugo

6

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lucreciaborgiadr2636hugo

LUCRECIA BORGIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS.

POR

Victor Hugo.

Barcelona:

IMPRENTA DE **D. FRANCISCO OLIVA**,

CALLE DE LA PLATERIA, NUM.° 74.

1844.

PERSONAS.

DOÑA LUCRECIA BORGIA.
DON ALFONSO DE ESTE.
GENARO.
GUBETA.
MAFEO ORSINI.
JEPPO LIBERETTO.
DON APOSTOLO GAZELA.
ASCANIO PETRUCCI.
OLOFERNO VITELOZZO.
RUSTIGUELO.
ASTOLFO.
LA PRINCESA NEGRONI.
UN UGIER.
FRAILES, CABALLEROS, PAGES, GUARDIAS.

El presente drama pertenece al Repertorio general de comedias, y esta traduccion es propiedad de su Editor D. Francisco Oliva.

ACTO PRIMERO.

PRIMER CUADRO.

El teatro representa un jardin perteneciente al palacio de Barbarigo, en Venecia: tiene lugar una fiesta de noche: de cuando en cuando cruzan la escena varias máscaras: en ambos lados del jardin se ve el palacio brillantemente iluminado: óyese la música del baile. En el jardin hay algunos grupos de árboles: en el fondo se divisa el canal del Zucca, por el que pasan algunas góndolas medio iluminadas y ocupadas por máscaras y músicos que atraviesan la escena tocando diferentes sinfonías ya tristes, ya lúgubres, cuyos sones se pierden con la distancia. Por fin, en último término se divisa Venecia iluminada por la luna.

ESCENA PRIMERA.

Varios jóvenes de la nobleza, lujosamente vestidos, con la mascarilla en la mano y hablando entre sí.

GUBETA, GENARO, *con traje de capitan*, D. APOSTOLO GAZELA, MAFEO ORSINI, ASCANIO PETRUCCI, OLOFERNO VITELOZZO, Y JEPPO LIBERETTO.

Oloferno. En época vivimos de tantos crímenes horribles, que ya no se habla de este, aunque ciertamente el caso es de los mas siniestros y misteriosos.

Ascanio. Hecho tenebroso y de hombres tambien tenebrosos.

Jeppo. Ya conozco esa historia, señores: súpela de boca de mi primo el eminentísimo cardenal Carriale, mejor informado que nadie.—Ya sabeis que el cardenal Carriale tuvo aquella terrible contienda con el cardenal Riario, sobre la guerra con Cárlos VIII de Francia?....

Genaro (*bostezando*). Oh! Jeppo va á ensartar una de sus acostumbradas historias!... En cuanto á mí, no quiero oirlas; harto cansado estoy ya sin ellas.

Mafeo. Tales asuntos no te interesan, Genaro, y la cosa es muy sencilla. Eres un bravo capitan aventurero, llevas un nombre imaginario, y no conoces á tus padres. Al ver tu modo de manejar la espada nadie pone en duda tu nobleza, bien que sobre esta,

solo sabemos que te bates como un leon. Somos compañeros de armas, y por cierto que en lo que digo no llevo intencion de ofenderte. Me salvaste la vida en Rímini, y he salvado la tuya en el puente de Vicencio: hemos jurado ayudarnos en riesgos como en amores, y vengarnos uno á otro si así lo exigen las circunstancias, como tambien que tus enemigos lo sean mios, y los mios lo sean tuyos: cierto astrólogo predíjonos que ambos moriríamos en un mismo dia, y pagámosle su prediccion con diez zequíes de oro: de manera que antes somos hermanos, que amigos. Sin embargo, tú tienes la dicha de llamarte simplemente Genaro, de no depender de persona alguna ni de que pese sobre tí alguna de esas fatalidades, á menudo hereditarias, que van unidas á los nombres históricos.... Eres muy feliz! ¿Qué te importan los sucesos presentes ó pasados mientras haya hombres para la guerra, y mujeres para el placer? Qué te importan á tí, hijo de las armas, las historias de ciudades y de familias, cuando ni ciudad ni familia tienes? En cuanto á nosotros, Genaro, ya ves que es muy distinto y que tenemos el derecho de interesarnos en las catástrofes contemporáneas; nuestros padres han participado de ellas y aun se resienten casi todas nuestras familias.—Asi, Jeppo, cuéntanos lo que ha llegado á tu noticia.

Genaro (*siéntase en acto de entregarse al sueño*). Cuando Jeppo concluya, me dispertaréis.

Jeppo. El año de mil cuatrocientos noventa y....

Gubeta (*desde un lado del teatro*). Noventa y siete.

Jeppo. Cabal: noventa y siete; en la noche de un miércoles....

Gubeta. No; de un mártes.

Jeppo. Teneis razon.... Aquella noche, pues, un gondolero del Tibre que se habia tendido á lo largo de su góndola para guardar sus géneros, divisó un objeto que presentaba algo horrible: fué el caso mas arriba del templo de S. Gerónimo, á eso de las cinco de la madrugada. Vió adelantarse en la oscuridad y por el camino que hay á la izquierda del templo, á dos hombres á pie yendo de acá para allá como agitados: parecieron luego dos mas, y luego tres: siete entre todos. Solo uno de ellos iba montado. Era bastante lóbrega la noche, y de cuantas casas dan al rio únicamente en una ventana se veia luz. Acércanse los siete á la orilla y el caballero vuelve la grupa, y el gondolero pudo ver en ella distintamente unas piernas colgantes de un lado, y una cabeza y unos brazos del otro: era el cadáver de un hombre. Dos de los que iban á pie, mientras sus compañeros acechaban en las esquinas, cogieron el cadáver, y dándole dos ó tres balanceos lo arrojaron en medio del Tibre. En el instante en que el cuerpo cayó en el agua, el hombre montado hizo una pregunta, á que respondieron los otros dos: Sí, monseñor. Volvió aquel la vista hácia el rio, y viendo un objeto negro que sobrenadaba, preguntó que era; á lo que contestaron: Monseñor, es la capa del difunto: y uno de la cuadrilla arrojó piedras encima, y logró sumergirla.

Hecho esto se marcharon juntos por el camino que va á Santiago. —Esto vió el gondolero.

Mafeo. ¡Qué aventura tan lúgubre! ¿Seria algun personaje distinguido el que arrojaron al rio? Ese caballo me infunde graves sospechas: ¡en la silla el asesino, y el cadáver de la víctima en la grupa!

Gubeta. Encima del caballo habia dos hermanos.

Jeppo. Es cierto, Señor de Belverana, el muerto era Juan Borgia, y el caballero, Cesar Borgia.

Mafeo. ¡Es una familia de los demonios la de esos Borgias!... Pero decidme, Jeppo: ¿qué motivo tuvo el hermano para asesinar al hermano?

Jeppo. Eso no lo diré yo; porque la causa de este asesinato es tan abominable, que solo hablar de ella me parece pecado mortal.

Gubeta. En este caso yo la voy á decir: Cesar, cardenal de Valenza asesinó á Juan, duque de Gandía, porque los dos amaban á una misma mujer.

Mafeo. ¿Y esta mujer era?....

Gubeta (*siempre desde el fondo del teatro*). Su propia hermana.

Jeppo. Basta, señor de Belverana: no pronuncieis delante de nosotros el nombre de esa mujer, de ese monstruo, pues acaso no hay una sola de nuestras familias que no haya recibido de ella alguna profunda herida.

Mafeo. No entra tambien un niño en esta intriga?

Jeppo. En efecto: un niño de quien no quiero nombrar mas que al padre; que fué Juan Borgia.

Mafeo. Este niño ahora seria ya un hombre?

Oloferno. No se supo mas de él.

Jeppo. No sabemos si Cesar Borgia oculta el niño á la madre, ó si esta lo sustrae de la cólera de Cesar.

Apostolo. En esta última suposicion la madre obra bien, pues desde que Cesar Borgia, cardenal de Valenza, ha llegado á ser duque de Valentinois, ha hecho morir, como sabeis, á mas de su hermano Juan, á dos sobrinos, uno el hijo de Guifredo Borgia, príncipe de Esquilace, y el otro su primo el cardenal Francisco Borgia: este hombre ha dado en la rabiosa manía de matar á toda su parentela.

Jeppo. Ya se ve. Quiere ser el único Borgia, y disfrutar todos los bienes del papa.

Ascanio. ¿Y esa hermana que no quereis nombrar, Jeppo, no hizo un viaje secreto por esa misma época al monasterio de San Sixto, para encerrarse allí sin que se supiese la causa?

Jeppo. Así lo creo, y fué para separarse de su segundo marido Juan Esforcia.

Mafeo. ¿Cómo se llamaba el gondolero que presenció el hecho?

Jeppo. Lo ignoro.

Gubeta. Llamábase Jorge Schiavone, y su industria consistia en llevar leña por el Tibre á Ripetta.

Mafeo (*á Ascanio en voz baja*). Ve ahí ese español que está mas enterado de nuestros asuntos que nosotros mismos siendo romanos.

Ascanio (*tambien en voz baja*). Lo mismo que á tí me da que sospechar ese señor de Belverana; pero no profundicemos el misterio, no sea que corriésemos algun riesgo.

Jeppo. Pero señores: ¡en qué tiempo vivimos! qué hombre puede estar seguro de vivir al dia siguiente en esta pobre Italia, y en medio de las guerras, y de las pestes, y de los Borgias!

Apostolo. Creo que todos los que aquí estamos, debemos hacer parte de la embajada que la República de Venecia envia al duque de Ferrara para felicitarle por haber tomado á Rímini á los Malatesta. ¿Cuándo partimos pues para Ferrara?

Oloferno. Pasado mañana decididamente: ya sabeis que están nombrados los dos embajadores, y son el senador Tiépolo y el general de las galeras Grimani.

Apostolo. ¿Vendrá con nosotros el capitan Genaro?

Mafeo. ¿Quién lo duda? Genaro y yo jamás nos separamos.

Ascanio. Señores, tengo que hacer una observacion importante; y es que mientras aquí estamos hablando, otros se están bebiendo el vino de España.

Mafeo. Volvamos al palacio.—Pero y Genaro? (*á Jeppo*). Realmente se quedó dormido mientras referiais esa historia, Jeppo.

Jeppo. Que duerma en paz (*Vanse todos, menos Gubeta*).

ESCENA II.

GUBETA, *y luego* LUCRECIA; GENARO *durmiendo.*

Gubeta (*solo*). En efecto, tengo mas noticias que ellos: así se lo decian por lo bajo: sé mas que ellos; pero D.ª Lucrecia sabe mas que yo; monseñor de Valentinois sabe mas que D.ª Lucrecia; el diablo sabe mas que monseñor de Valentinois, y su Santidad Alejandro VI sabe mas aun que el diablo (*Contemplando á Genaro*). ¡Cómo duermen esos jóvenes! (*Sale doña Lucrecia con máscara, ve á Genaro dormido y se detiene á contemplarle con una especie de éxtasis y con muestras de respeto*).

Lucrecia (*aparte*). ¡Duerme!... ¡Sin duda estará cansado del festin!... Qué hermoso! (*Volviéndose*) —Gubeta!

Gubeta. Hablad mas bajo, señora.—Aquí no me llamo Gubeta, sino el conde de Belverana, noble castellano, y vos la señora marquesa de Pontequadrato, dama napolitana. Hemos de aparentar que no nos conocemos: ¿no son estas las órdenes de vuestra Alteza? Reflexionad que no os hallais en vuestro palacio, sino en Venecia.

Lucrecia. Es verdad, Gubeta; pero en este sitio no hay nadie mas que este jóven que duerme, y podemos hablar por algunos instantes.

Gubeta. Como vuestra Alteza guste; pero aun debo aconsejaros que no os quiteis la mascarilla pues pudieran conoceros.

Lucrecia. ¿Y qué importa? si no saben quien soy, nada tengo que recelar, y si me conocen, ellos serán los que me teman.

Gubeta. Señora, estamos en Venecia, donde teneis bastantes enemigos, y enemigos libres. Sin duda la república no sufriria que nadie atentase contra vuestra Alteza, pero podrian insultaros.

Lucrecia. ¡Ah tienes razon, y en efecto mi nombre infunde horror!

Gubeta. No hay aquí Venecianos solamente, hay además Romanos, Napolitanos, Romañanos, Lombardos, en fin gentes de todos los puntos de Italia.

Lucrecia. ¡Y toda Italia me odia! tienes razon! No obstante esto debe cambiar. No nací para obrar mal, y ahora mas que nunca lo conozco; pero el ejemplo de mi familia me arrastra.—Gubeta!

Gubeta. Señora.

Lucrecia. Haz que al punto lleven á mi gobierno de Espoleto las órdenes que voy á darte.

Gubeta. Mandad, señora, que siempre tengo cuatro caballos ensillados y otros tantos correos dispuestos à marchar.

Lucrecia. ¿Qué se ha hecho de Galeazo Accaioli?

Gubeta. Está aguardando en la cárcel á que vuestra Alteza mande ahorcarlo.

Lucrecia. ¿Y Guifredo Buondelmonte?

Gubeta. Permanece en su calabozo, pues vuestra Alteza aun no ha dispuesto que le den garrote.

Lucrecia. ¿Y Manfredo Cúrzola?

Gubeta. Tampoco se le ha dado garrote.

Lucrecia. ¿Y Spadacappa?

Gubeta. Segun vuestra órden, hasta á Pascua no debe darsele el veneno mezclado con la hostia, lo que se hará de aquí á seis semanas, pues nos hallamos en carnaval.

Lucrecia. ¿Y Pedro Capra?

Gubeta. A estas horas es aun obispo de Pésaro y regente de la chancillería; pero dentro un mes no será ya mas que un puñado de polvo; porque á instancias vuestras nuestro Santo Padre lo hizo prender, y bien guardado se lo tiene en la cárcel del Vaticano.

Lucrecia. Gubeta, al instante escribirás al Santo Padre, diciéndole que le pido gracia para Pedro Capra! Luego, Gubeta, pondrás en libertad á Accaioli, y lo mismo á Manfredo de Cúrzola, á Buondelmonte, y á Spadacappa.

Gubeta. Esperad, señora, dejadme respirar. ¡Qué órdenes me dais! Dios mio! qué lluvia de gracias! que granizada de compasion! ese mar de clemencia me inunda, y me ahoga ese diluvio de buenas obras!

Lucrecia. Buenas ó malas, ¿qué te importan, con tal que te las pague?

Gubeta. Es que una accion mala es mucho menos difícil de ejecutar, que una buena. —¡Infeliz de mí! ¿qué voy á hacer ahora si se os antoja ser misericordiosa?

Lucrecia. Oye, Gubeta, tú eres mi mas antiguo y fiel confidente....

Gubeta. En efecto, quince años hace que tengo la honra de ser vuestro colaborador.

Lucrecia. Pues bien: dime, Gubeta, mi antiguo amigo y cómplice; ¿no empiezas á sentir la necesidad de mudar de vida? no sientes un anhelo de que á los dos nos bendigan en adelante tanto como hasta ahora nos han maldecido? no estás ya cansado de crímenes?

Gubeta. Ya veo que estais en disposicion de ser la princesa mas virtuosa del mundo.

Lucrecia. No empieza ya á abrumarte, Gubeta, esa fama que ambos tenemos; fama infame, fama de asesinatos y de envenenamientos?

Gubeta. De ningun modo: es cierto que cuando paso por las calles de Espoleto oigo muchas veces á los villanos que murmuran á mi alrededor, diciendo: Hum! ve ahí á Gubeta, Gubeta veneno, Gubeta puñal, Gubeta patíbulo: porque habeis de saber que han añadido á mi nombre una brillante coleta de apodos. Todo esto dicen cuando no con los labios con los ojos; pero nada importa: tan acostumbrado estoy á mi mala fama como un soldado del papa á ayudar la misa.

Lucrecia. ¿Mas, no conoceis que todos los odiosos epitetos que te dirigen, y con que á mí misma se me abruma, pudieran despertar el odio y menosprecio en un corazon del que quisieras ser amado? ¿No amas á alguien en el mundo, Gubeta?

Gubeta. Yo, señora, quisiera saber á quien amais vos.

Lucrecia. Tú no lo sabes: seré franca contigo: no voy á hablarte ni de mi padre, ni de mi hermano, ni de mi esposo, ni de mis amantes....

Gubeta. Pero no veo á quien se pueda amar fuera de estos.

Lucrecia. Alguien hay á mas Gubeta.

Gubeta. ¡Ola! conque os volveis virtuosa por amor á Dios!

Lucrecia. ¡Ah Gubeta! Gubeta! Si existiese hoy en Italia, en esa funesta y criminal Italia, un corazon noble y puro, lleno de las virtudes mas sublimes y varoniles, un corazon angelical latiendo bajo la coraza de un soldado; si no me quedase ¡infeliz de mí! en medio del desprecio, del odio y la execracion de los hombres, y de la condenacion del cielo, en medio del miserable estado en que me encuentro con todo mi poderío, de la desolacion y dolorosa angustia de mi alma, si no me quedase, repito, mas que el solo pensamiento, la sola esperanza, el único recurso de obtener antes de morir un pequeño lugar, algun aprecio y ternura en ese corazon; si mi única idea fuese la de sentirlo un dia palpitar libre y alegremente junto al mio; ¿comprendieras entonces, el móvil de mi afan de reparar lo pasado, limpiar mi fama, borrar todas las manchas que llevo sobre mí, y cambiar en fin en un concepto de gloria, penitencia y virtud, la infame y sangrienta idea que en toda Italia mi nombre inspira?

Gubeta. Por Dios, señora! qué humor tan particular es hoy el vuestro!

Lucrecia. No te rias: mucho tiempo hace que alimento estas mismas ideas sin decirtelas: cuando uno se deja arrastrar por un torrente de crímenes, no es dueño de detenerse siempre que quiere. En mi corazon luchan el ángel bueno y el malo, y creo que aquel al fin quedará triunfante.

Gubeta. Entonces, *te Deum laudamus, magnificat anima mea Dominum.* ¿Sabeis, señora, que de algun tiempo que no os entiendo, y que sois para mí indefinible? Hace un mes vuestra Alteza anuncia su marcha á Espoleto; os despedís de vuestro esposo monseñor D. Alfonso de Este, quien tiene la bondad de estar enamorado de vos como una dulce tortolilla, y zeloso como un tigre: salís pues de Ferrara y venís en secreto á Venecia, casi sin séquito alguno, con un falso nombre napolitano, y yo con otro español tambien supuesto. Llegados á Venecia os separais de mí y me mandais que os desconozca; luego frecuentais los bailes, músicas, tertulias á la española, sirviéndoos de pretexto el carnaval para presentaros en todas partes sin que nadie pueda conoceros, oculta bajo la máscara, hablándome apenas por las noches entre dos puertas; y al cabo toda esa algazara viene á parar en dirigirme un sermon como el que acabo de oir! Un sermon de vos á mí, señora! ¿no es esto un verdadero milagro? Habeis variado vuestro nombre, y disfrazado vuestro traje, y todavía quereis enmascarar vuestra alma! Vaya que esto es querer llevar á un extremo inaudito los privilegios del Carnaval! ¿Qué causa puede obligar á vuestra Alteza á observar semejante conducta?

Lucrecia (*cogiendo á Gubeta por el brazo, y llevándolo cerca de Génaro que permanece todavía durmiendo*). ¿Ves este jóven?

Gubeta. Esta cara no me es desconocida, y tambien sé que andais tras él oculta bajo vuestra máscara desde que estamos en Venecia.

Lucrecia. ¿Y qué te parece?

Gubeta. Paréceme un jóven que duerme tendido en un banco, y que se hubiera dormido aun estando en pie como hubiese oido la conversacion moral y edificativa que vuestra Alteza acaba de dirigirme.

Lucrecia. ¿No te parece hermosísimo?

Gubeta. Mas hermoso fuera si tuviera abiertos los ojos: pues una cara sin ojos es como un palacio sin ventanas.

Lucrecia. ¡Si supieses cuánto le amo!

Gubeta. Esto toca á vuestro real esposo D. Alfonso; no obstante, debo advertir á vuestra Alteza que es trabajo perdido, por cuanto se me ha dicho que este jóven está enamorado de cierta doncella llamada Fiametta.

Lucrecia. ¿Y ella le ama?

Gubeta. Así se dice.

Lucrecia. Mejor: ¡tanto desearia verle feliz!...

Gubeta. Ved ahí una cosa muy particular y nada conforme con vuestro carácter! yo os creia mas zelosa!

Lucrecia (*contemplando á Genaro*). ¡Qué fisonomía tan noble!

Gubeta. Me parece que á alguien se asemeja....

Lucrecia. No me lo digas! — Déjame sola. (*Vase Gubeta — D.ª Lucrecia queda por algunos instantes como extática delante de Genaro sin ver á dos máscaras que aparecen en el fondo del teatro, y que la observan.*

Lucrecia (*creyéndose sola*). ¡El es! al fin puedo contemplarle un instante sin riesgo!.... ¡No: no se me presentó mas hermoso en mis sueños! ¡Dios mio, ahorradme el pesar de verme nunca de él odiada y despreciada; pues ya sabeis que es el único objeto que amo en el mundo! — No me atrevo á quitarme la máscara, no obstante me es preciso enjugar las lágrimas. (*Quitase la máscara para enjugarse los ojos; y mientras besa la mano de Genaro, que aun permanece durmiendo. las dos máscaras del fondo del teatro hablan entre sí en voz baja.*

Máscara 1.ª Esto me basta: puedo volverme á Ferrara puesto que solo vine á Venecia para cerciorarme de su infidelidad: he visto ya lo bastante. No puedo dilatar mas mi ausencia de Ferrara. — Este jóven es su amante: ¿cómo lo llaman, Rustiguelo?

Máscara 2.ª Llámase Genaro, valiente capitan aventurero, huérfano de padre y madre: hombre cuyos designios son desconocidos y que en la actualidad está al servicio de la república de Venecia.

Máscara 1.ª Haz de modo que vaya á Ferrara.

Máscara 2.ª Ello se hará por sí mismo, monseñor, pues pasado mañana sale para allá en compañía de varios amigos suyos que hacen parte del séquito de la embajada de los senadores Tiépolo y Grimani.

Máscara 1.ª Bueno: las noticias que se me dieron fueron exactas: bastante he visto, repito, y podemos volvernos (*Vanse*).

Lucrecia (*juntando las manos y casi de rodillas delante de Genaro*). ¡Dios mio! concededle tanta dicha cuanta ha sido mi desgracia! (*Da un beso á Genaro en la mano, y este despierta sobresaltado.*)

Genaro (*cogiendo á Lucrecia por el brazo*). Un beso! una mujer! — En verdad, señora, que á ser vos reina y yo poeta, fuera esta aventura la de Alain Chartier el poeta francés: pero ignoro á quien hablo, y yo solo soy un simple soldado.

Lucrecia. Soltadme, señor Genaro.

Genaro. De ninguna manera.

Lucrecia. Ved que alguien llega. (*Escápase Lucrecia de manos de Genaro y este vase en pos de ella*).

ESCENA III.

JEPPO *y luego* MAFEO: *el primero entra por el lado opuesto á aquel por donde se fué Lucrecia.*

Jeppo. ¿Qué cara es aquella? Seguramente es la misma! ¡Esta mujer en Venecia! — ¡Ola, Mafeo!

Mafeo (*entrando*). ¿Qué tenemos?

Jeppo. Voy á participarte un encuentro inaudito (*habla á Mafeo al oido*).

Mafeo. ¿Estás cierto?

Jeppo. Tan cierto como de que nos hallamos en el palacio de Barbarigo, y no en el de Labbia.

Mafeo. Y estaba hablando de amor á Genaro.

Jeppo. ¿A Genaro?

Mafeo. Es preciso librarle del lazo que se le tiende.

Jeppo. Vámos á dar aviso á nuestros amigos. (*Vánse.—Durante algunos instantes queda desocupada la escena, y en el fondo del teatro se ven pasar de cuando en cuando algunas góndolas con músicos que tocan sus instrumentos. Salen otra vez Genaro y Lucrecia.*

ESCENA IV.

GENARO Y LUCRECIA.

Lucrecia. Este sitio es oscuro y desierto y puedo quitarme la máscara; Genaro, deseo que veais mi rostro.

Genaro. ¡Sois hermosísima!

Lucrecia. Miradme bien, Genaro, y decidme que no os causo horror.

Genaro. ¿Vos señora horrorizarme, y por qué causa? muy al contrario en el fondo de mi corazon siento algo que me atrae hácia vos.

Lucrecia. ¿Creeis pues qué podriais amarme?

Genaro. ¿Y porqué no? No obstante, señora, soy sincero: hay una mujer á quien siempre amaré mas que á vos.

Lucrecia. Ya lo sé, la doncella Fiameta (*sonriendo*).

Genaro. No.

Lucrecia. ¿Pues quién?

Genaro. Mi madre.

Lucrecia. ¡Vuestra madre! vuestra madre, Genaro mio! amais mucho á vuestra madre, ¿no es así?

Genaro. Sin embargo nunca la he visto: esto os parece muy singular, ¿no es cierto? Siento en mí una viva inclinacion á confiaros mi secreto: secreto que he callado á todo el mundo, hasta á mi hermano de armas, hasta al mismo Mafeo Orsini. Sé que es muy estraño poner la confianza en el primero que llega; sin embargo vos no me pareceis tal.—Así pues, soy un capitan que no conozco á mi familia. Crióme en Calabria un pescador, de quien me creia hijo. Algun tiempo despues vino un noble y me armó caballero, volviendo á partir sin haber siquiera levantado la visera de su casco. Pasado algun tiempo un sujeto vestido de negro me trajo una carta. Abríla, y era de mi madre! de mi madre desconocida, pero que veia en todos mis sueños buena, tierna y hermosa como vos! Esta carta me hizo saber, sin nombrar empero á nadie, que soy noble y de ilustre alcurnia, y que mi madre era muy desgraciada. ¡Pobre madre mia!

Lucrecia. ¡Oh mi buen Genaro!

Genaro. Desde aquel dia me hice aventurero, pues siendo algo por mi alcurnia quise serlo tambien por mi espada. Así he recorrido toda la Italia; y el primer dia de cada mes en cualquier punto donde me haya encontrado he visto venir á mí el mismo mensajero con una carta de mi madre, y luego de recibida mi contestacion, se ha ido sin decirme una palabra ni poderme oir por ser sordomudo.

Lucrecia. ¿Así nada sabeis concerniente á vuestra familia?

Genaro. Sé que tengo una madre, que es desgraciada, y diera mi vida en este mundo por verla llorar, y mi gloria en el otro por verla sonreir. Ahí está todo.

Lucrecia. ¿Y qué haceis de sus cartas?

Genaro. Aquí las conservo todas, aquí junto á mi corazon: pues los soldados con frecuencia ofrecemos nuestros pechos á la punta de la espada, y las cartas de una madre son la mejor coraza.

Lucrecia. ¡Qué noble carácter!

Genaro. Queréis ver su letra? ahí teneis una carta suya (*Saca del pecho un papel, lo besa y entrega á Lucrecia*). Leed.

Lucrecia (lee). «No trates de conocerme, Genaro mio, hasta el dia que yo te indique. Soy muy digna de lástima; estoy rodeada de desapiadados parientes que te dieran muerte como la dieron á tu padre; por lo que quiero ser única depositaria del secreto de tu nacimiento. Si lo supieses le hallarias tan triste y distinguido á un tiempo, que acaso no sabrias guardar silencio: la juventud es de si confiada, y no conoces los peligros que te cercan como tu madre, ¿y quién sabe si querrias desafiarlos movido de un juvenil alarde: por otra parte hablarias, penetrarian tu secreto, y no vivieras dos dias. Ah! no, Genaro, conténtate con saber que tienes una madre que te adora y está velando noche y dia sobre tu existencia. ¡Hijo mio! tú eres cuanto amo en el mundo y mi corazon se derrite pensando en tí! (*Lucrecia interrumpe la lectura para desahogar algunas lágrimas*).»

Genaro. ¡Cuán tiernamente leeis! diríase que estais hablando con el corazon... ¡Pero llorais! Sois muy buena, señora, y os quiero mucho desde que un escrito de mi madre os arranca lágrimas. (*Genaro vuelve á tomar la carta, bésala otra vez, la oculta en el seno y prosigue*). Ya lo veis: muchos crímenes han rodeado mi cuna! ¡Pobre madre mia!— Ya os haréis cargo ahora del motivo que me impide entregarme á los amoríos y devaneos, pues no tengo mas que un pensamiento interesante para mi corazon: ¡mi madre! Oh! librar á mi madre, servirla, vengarla, consolarla! qué dicha! Luego pensaré en el amor pues ahora todas mis acciones se dirigen á ser digno de la que me dió la vida! No faltan aventureros nada escrupulosos que se batirian por Satanás despues de haber combatido por S. Miguel; pero yo solo sirvo las causas justas, quiero un dia deponer á los pies de mi madre una espada limpia y leal como la de un emperador: en prueba de esto, Señora, se

me ofreció un ventajoso puesto al servicio de esa infame Lucrecia Borgia y lo rehusé.

Lucrecia. ¡Genaro!... Genaro! tened compasion de los malos; vos no sabeis lo que pasa en su corazon!

Genaro. Yo no tengo compasion de gentes que no la conocen.—Pero Señora, dejemos este punto; y toda vez que os he dicho quien soy, haced vos lo mismo y decidme quien sois vos.

Lucrecia. Soy una mujer que os ama, Genaro.

Genaro. ¿Pero y vuestro nombre?

Lucrecia. No me lo pregunteis. (*Salen algunos con achas. Jeppo y Mafeo salen metiendo ruido. Doña Lucrecia se pone precipitadamente la mascarilla.*

ESCENA V.

DICHOS Y MAFEO ORSINI, JEPPO LIVERETTO, ASCANIO PETRUCCI, OLOFERNO VITELOZZO, D. APOSTOLO GAZELA. *Caballeros, damas y pages con achas encendidas.*

Mafeo (*Lleva en la mano un acha*). Genaro, ¿quieres saber quien es esta mujer á quien hablas de amores?

Lucrecia (*aparte con la máscara puesta*). ¡Justo Cielo!

Genaro. Todos sois amigos mios, pero juro á Dios que el que ponga mano á la máscara de esta Señora, será un temerario: la máscara de una mujer es tan sagrada como la cara de un hombre.

Mafeo. Para eso es preciso que la mujer sea mujer, Genaro! pero nosotros no queremos insultar á esta Señora, sí solo decirla nuestros nombres (*adelanta un paso hácia Doña Lucrecia*). Señora, yo soy Mafeo Orsini, hermano del duque de Gravina, que vuestros esbirros ahogaron mientras dormia.

Jeppo. Señora, yo soy Jeppo Liveretto, sobrino de Liveretto Vitelli á quien hicisteis dar de puñaladas en los subterráneos del Vaticano.

Ascanio. Señora, yo soy Ascanio Petrucci, primo de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, á quien asesinasteis para robarle mas fácilmente su ciudad.

Oloferno. Señora, me llamo Oloferno Vitellozzo, sobrino de Yago de Appiani, á quien envenenasteis en un festin, despues de quitarle traidoramente su ciudadela señorial de Piombino.

Apostolo. Señora, disteis muerte en un cadalso á D. Francisco Gazela, tio materno de D. Alfonso de Aragon, vuestro tercer marido, á quien hicisteis dar muerte con alabardas en el rellano de la escalera de San Pedro: soy D. Apóstolo Gazela, primo del primero é hijo del segundo.

Lucrecia. Dios mio!

Genaro. Quién es esta mujer?

Mafeo. Y ahora que os hemos dicho nuestros nombres, ¿queréis que os digamos el vuestro?

Lucrecia. Ah! no! Señores, tened piedad de mí, no lo digais en su presencia.

Mafeo (*arrebatándole la máscara*). Quitaos esa máscara, y veamos si aun podeis avergonzaros.

Apóstolo. Genaro, la mujer con quien hablabas de amor es envenenadora y adúltera.

Jeppo. E incestuosa en todos grados, incestuosa con sus dos hermanos que mutuamente se dieron muerte impulsados por el amor de esa mujer.

Lucrecia. Por favor!...

Ascanio. Incestuosa con su mismo padre.

Lucrecia. Piedad!

Oloferno. Y fuera incestuosa con sus hijos si los tuviese: pero Dios se los niega á los monstruos.

Lucrecia. Basta! basta!

Mafeo. Quieres saber su nobre, Genaro?

Lucrecia. Por favor, señores!

Mafeo. Genaro, quieres saber su nombre?

Lucrecia (*arrástrase de rodillas hacia Genaro*). No lo escucheis, Genaro mio!

Mafeo (*extendiendo el brazo*). Lucrecia Borgia!

Genaro (*la rechaza*). Oh!... (*Doña Lucrecia cae desvanecida á los pies de Genaro*).

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza de Ferrara: á mano derecha habrá un palacio, y en él un balcon con celosías, y una puerta baja. Debajo del balcon habrá un escudo de armas con esta palabra formada con letras en relieve de cobre dorado en la parte inferior del escudo: BORGIA. A mano derecha habrá una casita con puerta que da á la plaza. En el fondo se verán casas y campanarios.

ESCENA I.

DOÑA LUCRECIA, GUBETA.

Lucrecia. Gubeta, está dispuesto todo para esta noche?
Gubeta. Sí. señora.
Lucrecia. Y estarán todos los cinco?
Gubeta. Todos los cinco.
Lucrecia. Me han ultrajado cruelmente, Gubeta!
Gubeta. No me hallé presente.
Lucrecia. Me han tratado sin piedad!
Gubeta. Os dijeron vuestro nombre así en alta voz?
Lucrecia. No me dijeron mi nombre, Gubeta, que me le escupieron á la cara!
Gubeta. En medio del baile!
Lucrecia. En presencia de Genaro!
Gubeta. Muy altaneros y atolondrados han sido, saliendo de Venecia y viniéndose á Ferrara; bien que tampoco podian obrar de otra manera habiéndoles elegido el Senado para formar parte de la embajada que llegó la semana última.
Lucrecia. Ah! él ahora me odia y desprecia, y ellos tienen la culpa: pero yo me vengaré!
Gubeta. Sea así: esto se llama hablar bien: alabado sea Dios ya que se han desvanecido vuestros caprichos de compasion y clemencia; así me hallo mejor con vuestra Alteza cuando pensais naturalmente como ahora; á lo menos vuelvo á reconocerme tal como soy: por que ha de saber vuestra Alteza que un lago es lo contrario de una isla; una torre es lo contrario de un pozo; un acueducto lo es de un puente, y yo tengo la honra de ser lo contrario de una persona virtuosa.

Lucrecia. Y Genaro está con ellos? Cuenta que nada le suceda.

Gubeta. Si vos os convirtieseis en mujer buena, y yo en hombre honrado, fuera una monstruosidad.

Lucrecia. Cuenta con que nada suceda á Genaro, te repito.

Gubeta. Perded cuidado.

Lucrecia. Quisiera con todo verle una vez!

Gubeta. Por Dios, Señora que lo estais viendo todos los dias: ganasteis á su criado para que le determinase á venir á esta habitacion, ó casucha frontera á vuestro balcon, de modo que desde vuestra ventana enrejada disfrutais diariamente la inefable felicicidad de ver entrar y salir al sobredicho caballero.

Lucrecia. Digo que quisiera hablarle, Gubeta.

Gubeta. Nada mas fácil: mandad vuestro copero Astolfo á decirle que su Alteza le aguarda hoy á tal hora en palacio.

Lucrecia. Así lo haré.... pero ¿querrá venir?

Gubeta. Idos, Señora, pues creo que va á salir con sus calaveras amigos.

Lucrecia. ¿Siguen creyéndote conde de Belverana?

Gubeta. Me creen español de pies á cabeza; soy su mejor amigo: como que les pido prestado algun dinero!

Lucrecia. Dinero! ¿y para qué?

Gubeta. Por vida de!... para tenerlo. A mas de que nada hay tan español como tener pobre apariencia y arrastrar al diablo por el rabo.

Lucrecia (*aparte*). Dios mio! haced que ningun mal sobrevenga á mi Genaro!

Gubeta. Y á propósito de esto, Señora, me ocurre una duda.

Lucrecia. Cuál?

Gubeta. Que es menester que el Diablo tenga su cola muy pegada al espinazo, para poder resistir á la muchedumbre de personas que tiran de ella eternamente.

Lucrecia. De todo te ries, Gubeta.

Gubeta. Este es un sistema como otro cualquiera.

Lucrecia. Creo que salen. — No olvides nada de lo dicho.

ESCENA II.

GUBETA, *luego* GENARO MAFEO, JEPPO, ASCANIO, D. APÓSTOLO Y OLOFERNO.

Gubeta (*solo*). ¿Y quién es este Genaro? qué diablos quiere hacer de él? Mucho falta para que sepa yo todos los secretos de la Señora; pero por Dios que este aviva mi curiosidad. Y toda vez que anda ahora tan desconfiada conmigo, no crea que la sirva en esta ocasion; antes bien que salga como pueda de la intriga con su Genaro. ¡Pero qué modo tan estraño de amar á un hombre; una mujer que es hija de Rodrigo Borgia y de la Vanozza!

Una mujer por cuyas venas circula sangre de cortesana! Mi señora Doña Lucrecia se vuelve platónica; nada me admirara en adelante aun cuando me dijesen que el papa Alejandro VI es hombre de bien! — ¡Con qué ahí llegan nuestros locos del carnaval de Venecia! Vaya que ha sido buena idea abandonar un país neutral y libre, por venirse á Ferrara despues de haber mortalmente ofendido á la duquesa! — En su lugar ciertamente me hubiera abstenido de formar parte del séquito de los embajadores venecianos. Pero jóvenes son así, y de todos los objetos sublunares es en la boca del lobo donde con mas placer se meten! (*Salen los jóvenes nobles sin ver desde luego á Gubeta, quien se ha puesto en acecho tras los pilares que sostienen el balcon. Hablan en voz baja y con aire de inquietud*).

Mafeo (*en voz baja*). Decid lo que querais, amigos, pero me parece que podíamos dispensarnos de venir á Ferrara despues de haber mortalmente ofendido á Doña Lucrecia Borgia.

Apóstolo. ¿Qué podíamos hacer? El Senado nos envia aquí, ¿y acaso hay algun medio de eludir las órdenes del serenísimo Senado de Venecia? Una vez nombrados era fuerza partir; aunque no trato de disimularme que Lucrecia Borgia es un enemigo muy temible, y mas siendo aquí señora.

Jeppo. Qué quieres que haga contra nosotros, Apóstolo? No servimos á la República de Venecia? No formamos parte de la embajada? Tocarnos en un cabello fuera declarar la guerra al dux; y Ferrara dista mucho de poder habérselas con Venecia.

Genaro (*Pensativo y retirado en un ángulo del teatro sin mezclarse en la conversacion*). ¡Oh, madre mia! quién me dirá qué puedo hacer en favor de mi madre!

Mafeo. Bien pueden tenderte á lo largo en un sepulcro sin tocar uno solo de tus cabellos, Jeppo: hay venenos que sirven á los Borgias sin meter ruido, mucho mejor que el hacha ó el puñal: no olvides el modo como Alejandro VI hizo desaparecer del mundo al sultan Zizimi hermano de Bayaceto.

Oloferno. Lo mismo que á tantos otros!

Apóstolo. En cuanto al hermano de Bayaceto, su historia es curiosa y no de las menos siniestras: persuadióle el papa á que Cárlos de Francia le habia envenenado el dia en que cenaron juntos; creyólo todo Zizimi, y recibió de las hermosas manos de Lucrecia Borgia un supuesto contraveneno que en dos horas libró de un hermano á Bayaceto.

Jeppo. Parece que ese valiente turco entendia muy poco en política.

Mafeo. Sí, los Borgias tienen venenos que matan en un dia, en un mes, en un año, segun desean, son venenos traidores que hacen mas sabroso el vino, y obligan á vaciar con mas gusto la botella. Créese un embriagado y está muerto. A veces el infelíz cae en un desfallecimiento, arrúgasele la piel, humedécensele los ojos, encanecen sus cabellos, rómpense sus dientes en el pan cual si fueran

de vidrio; en vez de andar se arrastra, la respiracion se le convierte en estertor, no rie, no duerme, bajo el sol mas ardiente tirita, siendo jóven parece viejo, sigue así agonizando por mas ó menos tiempo hasta que al fin sucumbe. Muere, y uno se acuerda entonces que hace cosa de seis meses bebió un vaso de vino de Chipre en casa de algun Borgia (*se vuelve*). Ved ahí señores precisamente á Montefeltro, á quien tal vez conoceréis por ser de esta ciudad, quien está sufriendo esto mismo.—Allí pasa en el fondo de la plaza; miradle. (*Se ve pasar por el fondo del teatro una persona con los cabellos canos, flaca y macilenta, caminando con trabajo apoyada en un baston*).

Ascanio. Infelíz Montefeltro!

Apóstolo. Qué edad tiene?

Mafeo. Mi misma edad: veinte y nueve años.

Oloferno. El año pasado lo vi tan fresco y colorado como nosotros.

Mafeo. Hará unos tres meses que cenó con nuestro Santísimo padre en su viña del Belvedere.

Ascanio. ¡Esto es horrible!

Mafeo. Oh! Cuéntanse cosas muy extraordinarias de esos banquetes de los Borgias.

Ascanio. Son desenfrenadas orgias condimentadas con veneno.

Mafeo. Observad, señores, cuan desierta está la plaza al rededor nuestro, y es que el pueblo no se atreve á acercarse tanto como nosotros al palacio ducal, de miedo de que los venenos que en el se confeccionan noche y dia, traspiren al través de las paredes.

Ascanio. Señores, los embajadores ayer recibieron audiencia del duque; nuestro asunto está casi concluido; el séquito de la embajada compónese de cincuenta caballeros, y nuestra falta pasaria inapercibida; por lo que me parece que á todo evento obraríamos cuerdamente saliendo de Ferrara.

Mafeo. Hoy mismo.

Jeppo. Señores, mañana será tiempo todavía, pues estoy convidado á cenar en casa de la princesa Negroni, de quien estoy perdidamente enamorado, y no quisiera hacer como que huyo á los ojos de la señora mas hermosa de Ferrara.

Oloferno. ¿Estás convidado esta noche á cenar en casa de la princesa Negroni?

Jeppo. En efecto.

Oloferno. Yo tambien.

Ascanio. Y yo lo mismo.

Apóstolo. Y tambien yo.

Mafeo. Y yo igualmente.

Gubeta. Señores, yo tambien.

Jeppo. Ola ahí está el señor de Belverana! Pues bien, irémos juntos y pasarémos una noche sumamente divertida.—Dios os guarde, Señor de Belverana.

Gubeta. El mismo os conserve por muchos años, señor Jeppo.

Mafeo (*á Jeppo en voz baja*). Vais á creerme muy espantadizo, Jeppo, pero si hubieseis de seguir mi consejo, no iríamos á esa cena: el palacio Negroni está contiguo al de la Duquesa, y tengo por otra parte muy poca confianza en los modales amistosos de ese caballero de Belverana.

Jeppo (*en voz baja*). Estais loco, Mafeo: la Negroni es una mujer encantadora, y os aseguro que estoy enamorado; el señor de Belverana es un valiente sujeto, le conozco á él y á los suyos, pues su padre y el mio estuvieron juntos en el sitio de Granada el año mil cuatrocientos veinte y tantos.

Mafeo. Pero esto no prueba que sea este el hijo del padre que se encontró allá con el vuestro.

Jeppo. Sois muy libre de no acompañarnos á la cena, Mafeo.

Mafeo. Si vais vosotros yo tambien iré.

Jeppo. En tal caso, ¡ Viva Júpiter! — Y tú, Genaro, no serás de los nuestros esta noche?

Ascanio. No te ha convidado la Negroni?

Genaro. No; acaso la princesa me habrá hallado un caballero muy mediano.

Mafeo (*sonriendo*). Entonces irás por otro lado á alguna cita amorosa, ¿ no es cierto?

Jeppo. A propósito: cuéntanos lo que te estuvo diciendo la otra noche la señora Lucrecia; al parecer está loca por tí; te habrá hablado largamente; y mas siendo para ella una fortuna la libertad propia de un baile. Las mujeres solo disfrazan su persona para descubrir mejor sus almas: cara enmascarada corazon desnudo (*Hace algunos instantes que Doña Lucrecia está en el balcon, cuyas celosías ha entreabierto, y escucha*).

Mafeo. Y has ido precisamente á alojarte en frente de su balcon: ah Genaro! Genaro!

Apóstolo. Y ello no carece de peligro, amigo mio; pues es fama que el digno duque de Ferrara está muy zeloso de su señora esposa.

Oloferno. Vamos, Genaro, dinos en que punto se encuentran tus amoríos con Lucrecia Borgia.

Genaro. Señores si continuais hablándome de esta horrible mujer, saldrán á relucir nuestras espadas.

Lucrecia (*aparte desde el balcon*). Ah!

Mafeo. Es una pura chanza, Genaro, aunque me parece que se te puede hablar de esa mujer puesto que llevas sus colores.

Genaro. ¿ Qué quieres decir?

Mafeo (*señala la banda que lleva*). Y esta banda?

Jeppo. Efectivamente, son los colores de Lucrecia Borgia.

Genaro. Fiametta me la envió.

Mafeo. ¿ Y tú lo crees? Lucrecia te lo hizo decir; pero esta la bordó con sus propias manos para tí.

Genaro. ¿ Estas cierto de ello? de quién lo supiste?

Mafeo. De tu mismo criado que te entregó la banda, y á quien ella ha ganado en su favor.

Genaro. Maldicion! (*arràncase la banda, la destroza y pisotea*).

Lucrecia. (*aparte desde el balcon*) Ah! (*cierra las celosías y se retira*).

Mafeo. No obstante es una mujer hermosa!

Jeppo. Sí, pero hay algo siniestro impreso en su fisonomía.

Mafeo. Es un ducado de oro con la efigie de Satanás.

Genaro. Ah! maldita sea Lucrecia Borgia! ¿Decís que esa mujer me ama? Pues bien, tanto mejor; este amor sea su castigo; pues me horroriza; sí, me causa horror; bien la sabes, Mafeo; no hay medio alguno de ser indiferente con una mujer que nos ama: ó quererla ó aborrecerla; y en cuanto á esta; ¿cómo puede nadie amarla? además acontece que cuanto mas es uno querido de esta clase de mujeres mas crece el odio con que las miramos. Esta me sigue, me insta, me importuna; ¿como pude merecer el amor de una Lucrecia Borgia? no es una vergüenza y una calamidad? Desde aquella noche en que me declarasteis su nombre de un modo tan estrepitoso no podeis imaginaros hasta que punto me es odiosa la idea de esa perversa mujer. Antes solo la veia de lejos y al través de mil intervalos, á manera de una temible fantasma levantada sobre la Italia entera, como el espectro de todo el mundo; ahora este espectro es mio, viene á sentarse en la cabecera de mi lecho; me ama y quiere acostarse conmigo: ah! por vida de mi madre que esto es espantoso! Mafeo, ella dió muerte á tu hermano Monseñor de Gravina; pues bien yo lo reemplazaré contigo y le vengaré en ella. — Ves ahi su execrable palacio? Mansion de la lujuria, de traiciones del asesinato, del adulterio, del incesto y de todos los crímenes, en una palabra el palacio de los Borgias? pues el sello de infamia que no puedo estampar en la frente de esa mujer, quiero al menos marcarlo en su palacio. (*Sube en un banco de piedra que habrá debajo del balcon y con la punta de la daga hace saltar la primera letra de la palabra Borgia que se ve en la pared de modo que solo queda ORGIA*).

Mafeo. Qué diablos está haciendo?

Jeppo. Genaro, esta letra de menos en el nombre de Lucrecia es tu cabeza de menos sobre tus hombros.

Gubeta. Señor Genaro: este retruécano hará que mañana den tormento á media ciudad.

Genaro. Si buscan al culpable yo mismo me presentaré.

Gubeta (*aparte*). Eso quisiera yo: y por Dios que iba á poner en sumo embarazo á mi señora doña Lucrecia (*hace algunos instantes que dos hombres vestidos de negro se pasean en el fondo de la plaza observando*).

Mafeo. Señores: ved allá unos hombres de siniestra catadura que nos observan con harta curiosidad. Creo que fuera muy prudente separarnos.—Amigo Genaro, no hagas mas locuras.

Genaro. Pierde cuidado, Mafeo. — Venga acá tu mano. — Señores regocijarse bien esta noche (*Genaro entra de nuevo en su casa y los demas vanse*).

ESCENA III.

Así que los caballeros se han ido, se ve la cabeza de Rustiguel pasa por detrás de la esquina de la casa de Genaro; mira si to han alejado y luego avanza con precaucion haciendo una seña de sí. Parecen varios esbirros y Rustiguelo sin hablar palab pone en emboscada uno en la puerta de Genaro, otro en la esqu la izquierda y dos tras los pilares del balcon ducal. Tomadas e disposiciones, sale Astolfo y ve á Rustiguelo; pero no á los solda emboscados.

ASTOLFO Y RUSTIGUELO *vestidos de negro.*

Astolfo. Qué diablos haces ahí, Rustiguelo?
Rustiguelo. Aguardo á que te vayas, Astolfo.
Astolfo. De veras?
Rustiguelo. Y tú, Astolfo, que haces ahí?
Astolfo. Aguardo á que despejes, Rustiguelo.
Rustiguelo. A quién buscas?
Astolfo. A la persona que acaba de entrar en esta casa; ¿y á tí quien te ocupa?
Rustiguelo. La misma.
Astolfo. Que demontre!
Rustiguelo. Qué pretendes hacer de él?
Astolfo. Llevarlo á la duquesa, ¿y tú?
Rustiguelo. Yo al duque.
Astolfo. Qué diablos!
Rustiguelo. Y que es lo que le espera en casa de la duquesa?
Astolfo. Sin duda el amor. — ¿Y en casa del duque?
Rustiguelo. Sin duda la horca.
Astolfo. ¿Qué harémos? Es imposible que á un mismo tiempo esté con el duque y con la duquesa, feliz amante y ahorcado.
Rustiguelo (*aparte*). Ese Astolfo tiene mucha penetracion! (*hace una seña y se adelantan los dos esbirros ocultos debajo del balcon sin ser vistos de Astolfo y lo cogen de repente por detrás*). Apoderaos de este hombre. Ya oisteis lo que dijo y daréis de ello testimonio (*á los demas esbirros*). Ahora vosotros, manos á la obra; derribad esta puerta.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

El teatro representa un salon del palacio ducal de Ferrara; con cortinajes bordados con arabescos de oro, muebles magníficos á la moda italiana del siglo XV, habra un sillon ducal de terciopelo encarnado con las armas de la casa de Este bordadas en él; á su lado habrá una mesa cubierta así mismo de terciopelo encarnado. En el fondo se verá una puerta grande y á los lados dos puertecitas, siendo disimulada y secreta la de la izquierda. Detrás de esta última se verá en un bastidor el principio de una escalera espiral que se pierde bajo del pavimento, la que recibe luz por una reja larga y estrecha.

ESCENA I.

DON ALFONSO DE ESTE *en traje magnífico, compuesto de sus colores propios, y* RUSTIGUELO *con los mismos colores en el vestido, el cual es de paño mas basto.*

Rustiguelo. Monseñor duque, ya están ejecutadas vuestras órdenes; y espero á que me deis otras nuevas.

Alfonso. Toma esta llave y ve á la galería de Numa; cuenta las tablas del enmaderamiento, empezando por el figuron pintado que hay junto á la puerta y que representa á Hércules, hijo de Júpiter, uno de mis antepasados. Al llegar á la tabla vigésima tercera verás una pequeña abertura escondida en la boca de una serpiente dorada, es la de Milan y Ludovico el Moro hizo pintar aquella tabla. Introducirás la llave en la abertura y la tabla dará vuelta sobre su gozne como una puerta. En el armario secreto que ella oculta hallarás en una salvilla de cristal dos frascos, uno de oro y otro de plata, con dos copas de esmalte. El frasco de plata contiene agua pura, y el de oro vino compuesto: te llevas la salvilla con todo lo que contiene al gabinete inmediato á esta estancia; y si has oido hablar alguna vez con terror del famoso veneno de los Borgias, el cual en polvo es blanco y reluciente como el mármol de Carrara, y mezclado al vino cambia el de Remorantin en vino de Siracusa, te guardarás muy bien de tocar al frasco de oro.

Rustiguelo. ¿Mandais algo mas, Monseñor?

Alfonso. No : toma tu mejor espada, y quédate oculto en pie detrás de la puerta de este gabinete, de modo que puedas oir cuanto aquí se diga y suceda ; y á la primera señal que dé con esta campanilla de plata, cuyo sonido ya conoces, entrarás al momento *(dice estas últimas palabras señalando una campanilla que habrá encima de la mesa)*. Si llamo diciendo simplemente : «Rustiguelo,» entrarás con la salvilla y los frascos ; pero si oyes la campanilla te presentarás al punto con la espada.

Rustiguelo. Entiendo, Monseñor.

Alfonso. Ten la espada desnuda en la mano porque no pierdas tiempo en desenvainarla.

Rustiguelo. Muy bien. (*Hace como que se va*).

Alfonso. Rustiguelo! toma dos espadas, que puede romperse una. (*Vase Rustiguelo por la puertecilla*).

Un Alguacil (*saliendo por la puerta del fondo*). Mi señora la duquesa, desea hablar á mi señor el duque.

Alfonso. Di á mi señora que puede entrar.

ESCENA II.

D. ALFONSO Y Dª LUCRECIA.

Lucrecia (*saliendo impetuosamente*). Señor, esto es una indignidad, una infamia : alguno de vuestro pueblo ¿lo sabeis don Alfonso? acaba de mutilar el nombre de vuestra esposa grabado al pie de las armas de mi familia colocadas en la fachada de vuestro palacio. Esto se hizo en medio del dia y públicamente ; por quien lo ignoro, pero el hecho es sumamente injurioso y temerario. Se ha hecho de mi nombre un padron de ignominia : y en tanto vuestro populacho de Ferrara, que es el mas infame de Italia, está ahí delante de mis blasones escarneciéndolos como al rededor de una picota. ¿Y os imaginais, don Alfonso, que puedo acomodarme á eso, y que no prefiriera morir de una vez bajo el puñal, que bajo las mil ponzoñosas picaduras de la mofa y el sarcasmo? ¡Pardiez, señor, que recibo un trato muy estraño en vuestro señorío de Ferrara! Empiezo á cansarme ; y os encuentro con aire harto alegre y sosegado, mientras la fama de vuestra esposa mordida por la injuria y la calumnia se ve arrastrada por el fango de la ciudad. Necesito una reparacion ruidosa á tanto ultraje, señor duque, os lo prevengo ; disponeos á hacerme justicia. El hecho, como veis es gravísimo, ¿creeréis tal vez que no gozo de la estimacion de nadie en el mundo, y que puede mi esposo dispensarse de ser mi caballero? De ningun modo : el marido ha de ser un protector: quien da la mano da el brazo : cuento pues con él. Diariamente recibo nuevos ultrajes, y vos no os conmoveis: ¿pensais que el lodo con que se me cubre no llega á salpicaros, don Alfonso? Irritaos un poco, señor mio, y que una vez en la vida os vea colérico por lo que á mi me toca. ¿Decis alguna vez que me amais? pues amad

igualmente mi gloria. ¿Estais zeloso? estadlo tambien de mi fama. Si con mi dote he aumentado del doble vuestros dominios hereditarios; si con mi mano os llevé no solo la rosa de oro y la bendicion del Santo Padre, sino lo que ocupa mas lugar en la superficie del mundo, como Siena, Rimini, Cesena, Espoleto y Piombino, y mas ciudades que castillos tuvisteis, y mas ducados que baronías gozasteis; si os hice el mas poderoso señor de Italia: no hay razon para que dejeis que vuestro pueblo me escarnezca, calumnie é insulte, y tolereis que en Ferrara señalen á vuestra esposa á los ojos de toda Europa como una mujer mas despreciada y envilecida que la última criada de los criados de vuestros lacayos: no hay razon repito para que vuestros vasallos no puedan verme pasar en medio de ellos sin decirse entre sí.—Véase qué mujer!—Por que quiero que el crímen que hoy se ha cometido quede averiguado y castigado ejemplarmente; de lo contrario, llevaré mis quejas al pontífice, las llevaré á Valentinois, que á estas horas se halla en Forli con quince mil guerreros: con que ved ahora si vale esto la pena de levantaros del sillon!

Alfonso. Señora, conozco el crímen de que os lamentais.

Lucrecia. ¿Teneis noticia del crímen, y no ha sido ya descubierto el criminal?

Alfonso. Ha sido descubierto.

Lucrecia. Pardiez, le habeis descubierto y no está preso?

Alfonso. Está preso.

Lucrecia. Como no ha sufrido ya el castigo?

Alfonso. Va á sufrirlo; pero antes quise saber vuestro parecer sobre la pena que deba imponérsele.

Lucrecia. Hicisteis muy bien, señor: ¿dónde está?

Alfonso. Aquí mismo.

Lucrecia. Muy bien.—Necesito un ejemplar, señor, lo entendeis? Es un crímen de lesa majestad, y tales crímenes hacen caer la cabeza que los concibe y la mano que los ejecuta. — Con que está aquí! Quiero verle.

Alfonso. Es muy fácil. (*llama*). Bautista! (*sale el alguacil*).

Lucrecia. Una palabra, señor, antes que se presente el culpable. Cualquiera que este hombre sea, aunque sea de vuestra ciudad, ó de vuestra misma casa, dadme vuestra palabra de duque coronado de que no saldrá vivo de aquí.

Alfonso. Os la doy.—Lo entendeis, señora? os la doy.

Lucrecia. Pues bien: ya se ve que lo entiendo.—Ahora que venga el preso; quiero interrogarle yo misma.—Qué les hice, Dios mio, á esas gentes de Ferrara para perseguirme así?

Alfonso (*al alguacil*). Que entre el preso. (*Abrese la puerta del fondo: vese parecer á Genaro desarmado en medio de dos soldados. Al mismo tiempo vese á Rustiguelo que sube por la escalera que se ve á la izquierda detrás de la puerta secreta; en la mano trae una salvilla con un frasco de oro, otro de plata y dos copas. Pone la salvilla en el apoyo de la ventana. saca la espada y se coloca detrás de la puerta*).

ESCENA III.

Dichos y GENARO.

Lucrecia. Genaro!

Alfonso (*acercándose á Lucrecia la dice en voz baja y con cierta sonrisa*). Conoceis acaso á este hombre?

Lucrecia (*aparte*). Genaro! Qué fatalidad, Dios mio! (*Mira á Genaro con angustia y aparta de él los ojos*).

Genaro. Monseñor duque, soy un simple capitan y os hablo con el debido respeto. Vuestra Alteza me hizo prender esta mañana en mi casa; ¿qué quereis de mí?

Alfonso. Señor capitan, esta mañana se ha cometido un crímen de lesa majestad en frente de la casa que habitais; el nombre de nuestra amada esposa y prima doña Lucrecia Borgia ha sido mutilado con insolencia en el frontis de nuestro palacio ducal. Buscamos al culpable.

Lucrecia. No es él! aquí hay una equivocacion, don Alfonso! no puede ser este jóven!

Alfonso. Y cómo lo sabeis?

Lucrecia. Estoy cierta de ello. Este jóven es de Venecia y no de Ferrara, con que....

Alfonso. Y qué prueba esto?

Lucrecia. El hecho sucedió esta mañana, y sé que él la pasó en casa de una tal Fiametta.

Genaro. No, señora.

Alfonso. Ya veis que estais mal informada. — Capitan Genaro, sois vos quien cometió el crímen?

Lucrecia (*angustiada*). Me sofoco! aire, un poco de aire, necesito respirar un poco (*dirígese á la ventana y al pasar junto á Genaro dícele ràpidamente y en voz baja*). Dí que no has sido.

Alfonso (*aparte*). Le ha hablado en voz baja.

Genaro. Duque Alfonso: los pescadores de Calabria que me criaron. y me sumergieron de niño en el mar para hacerme fuerte y osado, enseñáronme esta máxima, con la que puede uno arriesgar á menudo la vida pero nunca el honor.—Haz lo que dices y dí lo que haces.—Así pues yo soy el hombre que buscais.

Alfonso (*volviéndose á doña Lucrecia*). Os dí mi palabra de duque, señora.

Lucrecia. Tengo que hablaros dos palabras á solas, señor (*El duque hace seña al alguacil y guardias para que se retiren á la sala inmediata*).

ESCENA IV.

DOÑA LUCRECIA Y DON ALFONSO.

Alfonso. Qué quereis decirme, señora?

Lucrecia. Lo que deseo deciros, don Alfonso, es que no quiero que este jóven muera.

Alfonso. No hace mas que un instante entrasteis como una tempestad llorando de coraje, y quejándoos conmigo de un ultraje que se os ha hecho; reclamasteis con gritos é injurias la cabeza del culpable; me pedisteis mi palabra ducal de que no saldria vivo de aquí: yo os la otorgué lealmente; y ahora no quereis que muera!... Por Dios, que es cosa nunca vista!

Lucrecia. No quiero que este hombre muera, señor Duque!

Alfonso. Señora, los caballeros como yo no acostumbran dejar empeñadas en vano sus promesas: os di mi palabra, debo cumplirla; juré que el culpable moriria, y morirá: desde ahora podeis ya elegir el género de muerte.

Lucrecia (*con aire risueño y lleno de dulzura*). D. Alfonso! D. Alfonso! en verdad que estamos diciendo tonterías así vos como yo! Ya lo veis, ciertamente soy muy poco razonable; pero qué quereis? mi padre me echó á perder, obedeciéndose ya desde muy niña todos mis antojos. Lo que deseaba hace un momento ahora no lo quiero, ya sabeis que siempre he sido lo mismo, don Alfonso.—Vamos, sentaos aquí, á mi lado, y hablemos un poco tierna y cordialmente, como marido y mujer, como dos tiernos amigos.

Alfonso (*aparentando tambien cierto aire de galantería*). Doña Lucrecia, sois mi dueña y me tengo por muy feliz de que me admitais un instante á vuestros pies (*Siéntase junto á doña Lucrecia*).

Lucrecia. Qué bueno sois! ¿Sabeis don Alfonso, que os amo hoy tanto como el primer dia de nuestro casamiento? aquel dia en que hicisteis vuestra brillante entrada en Roma entre mi hermano el señor de Valentinois, y el vuestro monseñor el cardenal Hipólito de Este? Estaba yo en el balcon de la gradería de San Pedro, y aun tengo presente vuestro hermoso caballo blanco cubierto de labores de oro: ¡oh vuestro aspecto y continente eran verdaderamente reales!

Alfonso. Vos tambien estabais radiante de hermosura y magnificencia bajo de aquel dosel de brocado de plata!

Lucrecia. Oh! no hagais mencion de mi Monseñor, cuando os hablo de vos! No hay duda que todas las princesas de Europa me envidian el ser esposa del mejor caballero de toda la cristiandad; y en cuanto á mí, os amo cual si me hallase en mis diez y ocho años: ¿no es verdad, Alfonso, que conoceis cuanto os amo? á lo menos nunca recelais lo contrario. A veces sin embargo soy fria, distraida, pero procede de mi carácter, que no de mi corazon; y habeis de saber, don Alfonso, que sí me riñeseis con suavidad muy pronto me corregiria. ¡Qué dulce es amarse cual nos amamos los dos! Dadme la mano.—Un abrazo!—Y ahora que me ocurre, es muy ridículo que un príncipe y una princesa, como nosotros por ejemplo que nos sentamos mano á mano en el mas bello trono ducal del universo, y que tanto se aman hayan llegado á

punto de reñir por un miserable capitan aventurero. Echarémos de aquí á ese hombre y no se hablará mas del asunto : vaya el bribon á donde quiera : ¿no es así Alfonso? El leon y la leona no se inmutan por un mosquito.—¿Sabeis, amigo, que si la corona ducal estuviese aun por darse en concurso al mas bello y noble caballero de vuestro ducado de Ferrara, fuerais vos el único que la consiguierais?—Aguardad, voy á decir á Bautista de parte vuestra que eche de Ferrara lo mas pronto á ese Genaro.

Alfonso. No corre prisa.

Lucrecia (*con aire alegre*). Quisiera no pensar mas en ello.—Vamos, amigo, dejadme terminar este asunto á mi modo.

Alfonso. Es preciso terminarlo al mio.

Lucrecia. Pero al cabo, Alfonso mio, no teneis razon en querer la muerte de este hombre.

Alfonso. ¿Y la palabra que os dí? El juramento de un rey es sagrado.

Lucrecia. Esto es bueno para decírselo al pueblo; pero entre los dos, Alfonso, ya sabemos lo que valen tales juramentos. El Santo padre prometió á Cárlos VIII de Francia la vida de Zizimi, y no dejó por ello de darle muerte; Monseñor de Valentinois constituyóse bajo formal promesa en rehenes por el mismo Cárlos VIII y se escapó del campo francés á la primera ocasion : vos mismo, Alfonso, ¿no ofrecisteis la restitucion de Siena á los Petruccis; y sin embargo no tuvo ni debió tener lugar? Ya veis, la historia de todos los pueblos abunda en hechos de esta especie ; y ni los reyes ni las naciones existieran un dia con la rígida observancia de sus juramentos ; así, aquí para entre los dos, Alfonso, el cumplimiento de un empeño solo es una necesidad cuando no hay otra mejor.

Alfonso. Con todo, doña Lucrecia, un juramento....

Lucrecia. No me deis frívolas razones, que no soy tan simple; decidme antes, mi querido Alfonso, si teneis algun motivo particular de resentimiento contra ese Genaro! No? pues concededme su vida : toda vez que me concedisteis su muerte. ¿Qué os importa que quiera perdonarle : acaso no soy la ofendida?

Alfonso. Precisamente por ser vos la ofendida, amor mio, le niego el perdon.

Lucrecia. Si verdaderamente me amais no me lo negaréis por mas tiempo. Quiero ensayar la clemencia como un medio de hacerme amar de vuestro pueblo : la clemencia, Alfonso mio, nos asemeja á Dios ; seamos pues soberanos misericordiosos : hartos tiranos tiene ya esa pobre Italia sin nosotros desde el baron vicario del papa hasta este mismo papa vicario de Dios: y así acabemos, querido Alfonso, poned en libertad á Genaro. Será un capricho, si quereis, pero el capricho de una mujer tiene algo de augusto y sagrado cuando salva la vida á un infeliz.

Alfonso. Imposible, querida.

Lucrecia. Imposible! ¿Pero en fin, por qué causa no podeis otorgarme una cosa tan insignificante como es la vida de ese capitan?

Alfonso. ¿Porqué causa, amor mio?

Lucrecia. Sí, veamos!

Alfonso. Porque ese capitan es vuestro amante, señora.

Lucrecia. ¡Cielos!

Alfonso. Porque fuisteis á buscarle á Venecia, é iriais á buscarle al infierno; porqué seguí vuestros pasos mientras ibais tras los suyos; y os ví cubierta con la máscara correr afanosa hácia él, como la loba tras su presa! Porque ahora mismo le estabais contemplando con llorosos é inflamados ojos; y sin duda os habeis prostituido á él, señora: porque basta ya de oprobio, de infamia y de adulterio; y porque en fin ya es tiempo de vengar mi honor derramando un rio de sangre al rededor de mi lecho: ¿lo oís, señora?

Lucrecia. D. Alfonso....

Alfonso. Silencio!—Velad por vuestros amantes en lo sucesivo, colocad el centinela que queraisá la puerta de vuestra estancia de dormir; pero á la puerta de salida pondré yo un portero á mi gusto... el verdugo!

Lucrecia. Monseñor, os juro....

Alfonso. No jureis!... Los juramentos buenos son para el pueblo, no me deis tan frívolas razones.

Lucrecia. Si supieseis!....

Alfonso. Sabed, señora, que aborrezco á toda vuestra execrable familia de los Borgias, y á vos la primera, aunque tan locamente os amé. Al fin debo deciros que es vergonzosa, inaudita, incomprensible la alianza que los dos representamos de la casa de Este que valemas que la de Valois y la de Tudor, con la familia de los Borgias, que ni siquiera tal se llama sino Lenzuoli ó Lenzolio, ó no se sabe como. Me horroriza vuestro hermano César, que naturalmente tiene el rostro manchado de sangre, y que asesinó á vuestro hermano Juan. Horrorízame vuestra madre Rosa Vanozza, vieja prostituta española, que es el escándalo de Roma, despues que lo fué de Valencia; y en cuanto á vuestros supuestos sobrinos los duques de Sermoneto y de Nepi, ¡buenos duques son ellos á fe mia! duques de dos dias y levantados sobre un señorío robado. —Dejadme acabar, señora.—Me horroriza vuestro padre, que siendo pontífice mantiene un serrallo de mujeres como el sultan Bayazeto; vuestro padre, verdadero anticristo, que llena los calabozos de personas ilustres y el sacro colegio de bandidos, de suerte que viendo á los cardenales y á los galeotas vestidos de encarnado dudase si el cardenal es galeota ó si este es cardenal! —Ahora podeis iros.

Lucrecia (*se arrodilla*). Monseñor, monseñor! de rodillas y con las manos juntas, en nombre de Jesus y de María, en el de vuestros padres, señor, os pido la vida del capitan!

Alfonso. Ved lo que se llama amar!... Podreis disponer como gusteis de su cadáver antes de una hora.

Lucrecia. Perdon para Genaro!

Alfonso. Si pudieseis leer mi firme resolucion en el fondo de mi alma, daríaislo por muerto.

Lucrecia (*se levanta*). Pues bien! cuidad de vos mismo, don Alfonso de Ferrara, mi cuarto marido!

Alfonso. Oh! dejad estas amenazas, señora, porque á fe que no me intimidan. Ya conozco vuestros manejos: pero no me dejaré envenenar como vuestro primer marido, ese hidalgo español, de cuyo nombre ni yo ni vos nos acordamos; no se me echará como á vuestro segundo marido el imbécil Juan Esforcia, señor de Pésaro; ni me dejaré matar á lanzazos en no sé que escalera como vuestro tercer esposo don Alfonso de Aragon, débil criatura cuya sangre apenas manchó el suelo cual si fuese agua pura. No; soy un hombre, el nombre de Hércules es muy frecuente en mi familia; y por Dios que tengo mi ciudad y todos mis dominios llenos de soldados, soy soldado tambien, y todavía no he vendido como ese desdichado rey de Nápoles mi artillería á vuestro santo padre el papa.

Lucrecia. Os arrepentiréis de estas palabras.... ¿Olvidais quién soy?

Alfonso. Demasiado lo sé; pero sé tambien donde estais: sois parienta del papa; pero no estais en Roma: sois gobernadora de Espoleto, pero no os hallais en Espoleto; al contrario, sois mujer, súbdita, sierva de Alfonso, duque de Ferrara, y en Ferrara estais (*Doña Lucrecia pálida y atemorizada. fija la vista en el duque, y retrocede lentamente hasta llegar á un sillon en el que se deja caer abatida*). Ola! esto os admira, señora, y me teneis miedo? hasta ahora lo tuve de vos: en adelante he de ser yo el amo, y para empezar, ahí teneis al primero de vuestros amantes que ha caido en mi poder, que morirá.

Lucrecia (*con voz débil*). Reflexionemos un poco, don Alfonso: si este hombre ha cometido un crimen de lesa majestad contra mí, de ningun modo puede ser mi amante.

Alfonso. Y porqué no? En un arrebato de despecho, de cólera, de zelos; porque acaso tambien él tenga zelos, puede.... qué sé yo? En fin juré la muerte de este hombre, y morirá. El palacio está lleno de soldados adictos que no conocen mas que á mí, con que nada podeis impedir. Así decidíos; á vuestra eleccion dejé el género de muerte.

Lucrecia (*retorciéndose las manos*). ¡Oh Dios mio! Dios mio!

Alfonso. No respondeis? Voy á mandar que se le dé muerte con la espada en la antecámara (*Va á salir y doña Lucrecia lo detiene por el brazo*).

Lucrecia. Deteneos!

Alfonso. Preferís darle vos misma un vaso de vino de Siracusa?

Lucrecia. Genaro!

Alfonso. Ha de morir!

Lucrecia. Mas no por medio de espada.

Alfonso. El modo poco importa con tal que muera: ¿qué medio pues elegís?

Lucrecia. El otro.

Alfonso. Cuidado con equivocar el frasco, le echaréis del de oro

que ya conoceis.—Yo estaré aquí—No creais que vaya á dejaros de vista.

Lucrecia. Haré lo que deseais.

Alfonso. Bautista! (*Sale otra vez el alguacil*). Traednos el preso.

Lucrecia. Sois un hombre atroz, Monseñor!

ESCENA V.

Dichos y GENARO—*guardias.*

Alfonso. Qué oigo, señor Genaro? Que lo que hicisteis esta mañana, fué efecto de atoloudramiento y un puro alarde sin mala intencion; que mi señora la Duquesa os perdona puesto que por otra parte sois valiente? Siendo esto así, podeis á fe mia volver sano y salvo á Venecia; no quiera Dios que vaya á privar á la república de un fiel servidor y á la cristiandad de un fuerte brazo cuya espada es el terror de los idólatras y sarracenos.

Genaro. Gracias monseñor: confieso que no esperaba semejante desenlace; pero lo agradezco á vuestra Alteza. La clemencia es virtud de reyes; y Dios perdonará en el cielo á los que perdonen en la tierra.

Alfonso. Capitan, es muy bueno servir á la República: ¿cuánto os produce este servicio?

Genaro. Tengo á mis órdenes una compañía de cincuenta lanzas que mantengo y visto á mis expensas; para lo cual, sin contar con otros emolumentos, me da la serenísima República dos mil zequíes de oro al año.

Alfonso. ¿Y si os ofreciese yo cuatro mil, podriais servirme á mí?

Genaro. Fuérame imposible; pues estoy contratado para cinco años en el servicio de la república, y por lo tanto no soy libre ni puedo contraer otros empeños.

Alfonso. Cómo no sois libre?

Genaro. Lígame un juramento.

Alfonso (*en voz baja á doña Lucrecia*). Parece que estas gentes cumplen sus juramentos, señora! (*En alta voz*). No se hable mas de esto, señor Genaro.

Genaro. Ninguna bajeza he empleado para salvar mi vida; mas toda vez que vuestra Alteza me la concede, oid lo que ahora tengo que deciros. ¿Se acuerda vuestra Alteza del asalto de Faenza que tuvo lugar hace dos años? En él, monseñor, el duque Hércules de Este, vuestro padre, corrió grave riesgo de morir á manos de dos soldados de Valentinois, cuando un aventurero le salvó la vida.

Alfonso. Es muy cierto, y nunca mas se supo de él.

Genaro. Yo soy.

Alfonso. Oh! mi capitan, aquella accion merece una recompensa. —¿Os dignariais aceptar esta bolsa?

Genaro. Al entrar á servir á la República juramos no recibir cosa al-

guna de los soberanos extranjeros; no obstante, si vuestra Alteza me lo permite, tomaré este dinero y lo distribuiré entre estos valientes (*señala á sus guardias*).

Alfonso. Como gusteis (*Genaro toma el bolsillo*). Con todo, espero que siguiendo una costumbre de nuestros antepasados, me hareis el favor de beber conmigo, como buenos amigos, un vaso de mi vino de Siracusa.

Genaro. Con mucho gusto, monseñor.

Alfonso. Y para honrar como merece al que salvó la vida á mi padre, quiero que os sirva la misma señora duquesa (*Genaro se vuelve y reparte el dinero que ha recibido, entre los soldados que lo acompañan*).

Alfonso. Rustiguelo! (*llama*).

(*Sale Rustiguelo con la salvilla y los frascos*).

Alfonso. Ponlo todo encima de esta mesa.—Muy bien. — (*Toma de la mano á Lucrecia*). Señora, oid lo que voy á decir á este hombre.—Rustiguelo (*aparte*). Vuelve á colocarte detrás de esta puerta con la espada en mano, si oyes la campanilla sal al punto;—Anda (*Rustiguelo sale y va á colocarse detrás de la puerta*).—Señora, vos misma servireis la bebida á este hombre, le dareis del vaso de oro, y cuidado con equivocarle.

Lucrecia (*pálida y sin aliento*). Si supieseis lo que haceis en este momento y cuan horrible es, vos mismo os estremecierais con toda vuestra alma desnaturalizada!

Alfonso. Cuidado con equivocar el frasco.—Pues señor (*Genaro ha acabado de repartir el dinero y vuelve á adelantarse á la escena. El duque se echa de beber en una copa con el frasco de plata y la lleva á los labios*).

Genaro. Tanta bondad me confunde, monseñor.

Alfonso. Señora! llenad la copa del capitan.—¿Qué edad teneis capitan?

Genaro (*tomando la copa y presentándola á la duquesa*), Veinte años.

Alfonso (*en voz baja á doña Lucrecia que procura tomar el frasco de plata*). Del frasco de oro. (*Doña Lucrecia lo coge con mano trémula*). Tan jóven, debeis estar enamorado?

Genaro. Quién deja de estarlo mas ó menos, monseñor?

Alfonso. Sabeis, señora, que hubiera sido muy cruel privar á ese capitan de la vida, y con ella del amor, del sol de Italia, de la belleza de su juventud, de su glorioso ejercicio de las armas y aventuras que han sido el orígen de todas las familias reales, de las fiestas, bailes de máscara del bullicioso carnaval de Venecia, en que á tantos maridos se burla, y en fin de tantas hermosas conquistas como sin duda hará este jóven ya amando á mil hermosas ya siendo de otras tantas amado: no es verdad señora? — Vamos, llenad la copa del capitan (*en voz baja*). Si vacilais llamo á Rustiguelo (*Doña Lucrecia echa de beber á Genaro sin hablar palabra*).

Genaro. Os agradezco la vida, señor, por mi pobre madre.

Lucrecia (*aparte*). Qué horror!

Alfonso (*bebe*). A vuestra salud, capitan.
Genaro. Señor, Dios os la conceda (*Bebe*).
Lucrecia (*aparte*). Dios mio!
Alfonso (*aparte*). Ya está hecho (*En alta voz*). Aquí os dejo, capitan, y quedais libre de volveros á Venecia cuando gusteis (*ap. á doña Lucrecia*). Agradecédmelo, señora, os dejo á solas con él, pues teneis que despediros y podeis permanecer en su compañía durante los pocos momentos que le quedan de vida (*Vase con los guardias*).

ESCENA VI.

DOÑA LUCRECIA Y GENARO.

Divisase á Rustiguelo detrás de la puerta con la espada en la mano.

Lucrecia. Genaro! estais envenenado!
Genaro. ¿Envenenado, señora?
Lucrecia. Sí, envenenado!
Genaro. Hubiera debido presumirlo habiéndome servido vos el vino.
Lucrecia ¡Ah no me injurieis! no me quiteis las pocas fuerzas que me quedan y que necesito aun por algunos instantes. Escuchad: el duque está zeloso de vos, os cree mi amante; y no me ha dejado otra alternativa que la de veros morir á puñaladas á mano de Rustiguelo, ó derramaros yo misma el veneno; veneno terrible, Genaro, cuya sola idea horroriza á todo italiano que conoce la historia de estos últimos años.
Genaro. Entiendo, el veneno de los Borgias.
Lucrecia. ¡Le habeis bebido! Nadie en el mundo conoce el contraveneno de ese preparado espantoso, mas que el papa, el señor de Valentinois, y yo. Tomad: ahí teneis esta redomita que llevo siempre oculta en mi seno: en ella está la vida, la salud y la salvacion; bebed una sola gota y os salvais (*Quiere aplicar la redoma á los labios de Genaro; pero este retrocede*).
Genaro (*mirándola fijamente*). Señora, ¿y quién me asegura que no sea esto el verdadero veneno?
Lucrecia (*cae abatida en el sillon*). ¡Oh, Dios mio! Dios mio!
Genaro. ¿No os llamais Lucrecia Borgia? Pensais que no tengo presente el fin del hermano de Bayaceto? Algo conozco esa historia; y no ignoro que tambien se le hizo creer que le habia envenenado Cárlos VIII, y se le dió un supuesto contraveneno que causó su muerte; y la mano que le presentó el tal contraveneno, ahí está: y los labios que le invitaron á beberle, helos ahí que me están hablando.
Lucrecia. ¡Cuán desdichada soy!
Genaro. Escuchad; no me engañan vuestras afectuosas apariencias. Conozco que alimentais contra mí algun proyecto siniestro, y esto es para mí muy claro. Sin duda sabeis quien soy..., vuestra cara

lo muestra en este instante mismo; y fácilmente puede verse que teneis alguna razon invencible para no revelármelo jamás. Vuestra familia debe de conocer á la mia; y al darme la muerte os vengaríais, no de mí, sino tal vez de mi madre!

Lucrecia. ¡Vuestra madre, Genaro! Acaso la veis bajo un aspecto muy distinto del que debierais. Qué diriais si fuese una mujer delincuente como yo misma?

Genaro. No la calumnieis! No, mi madre no es una mujer como vos, doña Lucrecia; mi corazon me lo asegura y en mis sueños se me presenta tal como es: su imágen está aquí en el corazon, y nació con él, de lo contrario no la amaria tanto á ser indigna de mí: el corazon de un hijo jamás se engaña en lo que respecta á su madre; y si fuese parecida á vos, estoy cierto de que la aborreciera. Pero no, siento en mi un presentimiento que me advierte que no es mi madre uno de esos infernales espíritus de incesto, de lujuria y envenenamiento, como vosotras mujeres de ahora! — Dios mio! No lo dudo, si existe bajo los cielos una mujer inocente, virtuosa y santa, es ciertamente mi madre. Así es, no hay que dudarlo y no de otra suerte: creo que la conoceis, doña Lucrecia, y no podreis desmentirme.

Lucrecia. No, Genaro, no la conozco.

Genaro. ¿Pero á quién hablo yo? que le importan á Lucrecia Borgia las satisfacciones ó las penas de una madre? Segun dicen, nunca habeis tenido hijos, y en esto sois feliz; porque á tenerlos renegarian de vos, señora. ¿Qué desdichado fuera bastante abandonado de Dios que quisiese reconocer á una madre semejante? ¡Ser hijo de Lucrecia Borgia! llamarla madre! Oh!...

Lucrecia. Genaro! estais envenenado: el duque os cree ya muerto, puede volver de un momento á otro; yo no debiera pensar mas que en vuestra salvacion y evasion; pero me decis cosas tan terribles que me dejan petrificada al escucharlas.

Genaro. Señora....

Lucrecia. Vamos, esto no puede quedar así; agobiadme con todo vuestro desprecio; pero estais envenenado, bebed pronto este contraveneno.

Genaro. ¿Qué debo pensar? El duque es leal y yo salvé á su padre de la muerte; á vos os he ofendido y teneis un agravio mio que vengar....

Lucrecia. ¡Vengarme en tí, Genaro! Aun cuando debiese perder la vida por prolongar una hora la tuya, derramar toda mi sangre por evitarte una sola lágrima, sentarme en el cadalso por colocarte en un trono, y pagar con todos los tormentos del infierno cada uno de tus placeres, no vacilaria un instante, creyérame feliz, y aun te besaria los pies, Genaro mio. ¡Oh nunca podrás penetrar los verdaderos sentimientos de mi corazon que está lleno de amor hácia tí!... Pero, Genaro, el tiempo urge, el veneno obra, luego sentirias sus efectos y dentro de muy poco no seria ya tiempo: dos perspectivas se te presentan, pero la una no cuenta

tantos minutos como años la otra; es preciso que elijas pronto; la eleccion es terrible. Deja que yo te salve, compadécete de tí y de mi y en nombre de Dios bebe esto pronto.

Genaro. Pues bien: si en ello hay algun crímen caigan sus efectos sobre vuestra cabeza. A mas de que, sea verdadero ó no lo que acabais de decirme, mi vida no vale la pena de disputarse tanto. Venga la redoma (*Toma el contraveneno de manos de doña Lucrecia y lo bebe*).

Lucrecia. ¡Ya está salvado!... Ahora es fuerza que partas á Venecia con toda la velocidad de tu caballo.—¿Tienes dinero?

Genaro. Sí, tengo.

Lucrecia. El duque te cree muerto; con que será muy fácil ocultarle tu fuga.—Espera!—Guarda esta redoma, y llévala siempre contigo: pues en estos tiempos el veneno entra en todas las comidas, y tú en particular estás muy expuesto á tales asechanzas.—Ahora márchate pronto (*Muéstrale la puerta secreta y la entreabre*). Baja por esta escalera que sale á uno de los patios del palacio Negroni, por allí te será fácil escapar. Pero no aguardes á mañana ni á esta noche, ni una hora, ni media; abandona á Ferrara al instante, cual si estuviese ardiendo toda como Sodoma y no vuelvas la vista atrás.—Adios!—Aguarda un momento, tengo que dirigirte mi última advertencia.

Genaro. Hablad, señora.

Lucrecia. En este instante, Genaro, me despido de tí para siempre; no hay que pensar en adelante en hallárteme al paso alguna vez: pues aunque era esta la única felicidad que podia esperar en este mundo, correria peligro tu cabeza.—Venos pues separados en esta vida, y demasiado cierta estoy de que tambien lo estaremos en la otra!—No me dirás, Genaro, alguna dulce expresion antes de separarte de mí por una eternidad?

Genaro (*bajando los ojos*). Señora....

Lucrecia. En fin acabo de salvarte la vida.

Genaro. A lo menos así lo decís, pero este asunto está para mi lleno de tinieblas; y no sé ciertamente que pensar. Mirad, señora, todo os lo puedo perdonar, excepto una cosa.

Lucrecia. Cuál?

Genaro. Juradme por lo que mas amais, por mi propia cabeza puesto que tal cariño decís que me profesais, juradme digo que vuestros crímenes no tienen parte alguna en las desgracias de mi madre.

Lucrecia. Todas las palabras con vos son formales, Genaro, así no puedo jurar lo que deseais.

Genaro. ¡Ah! madre mia! esta es la mujer horrible que causó tu desdicha!

Lucrecia. Genaro!

Genaro. Lo habeis confesado, señora. Adios y el cielo os maldiga!

Lucrecia. Y á tí te dé su bendicion (*Vase Genaro; y doña Lucrecia cae desvanecida en el sillon*).

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

La misma decoracion que en el segundo cuadro: á saber la plaza de Ferrara con el balcon del palacio ducal á un lado y la casa de Genaro al otro.

ESCENA I.

DON ALFONSO Y RUSTIGUELO *embozados en sus capas.*

Rustiguelo. Esto, monseñor, es lo que pasó: le salvó la vida no sé con que filtro, y lo hizo escapar por el patio del palacio Negroni.

Alfonso. ¿Y tú lo permitiste?

Rustiguelo. ¿Cómo pudiera impedirlo? La señora cerró las puertas con llave, de modo que me fué imposible.

Alfonso. Debiste echar abajo la puerta.

Rustiguelo. No es fácil derribar una puerta de encina, con cerrojo de hierro.

Alfonso. No importa, digo que debiste forzar la puerta, entrar y darle muerte.

Rustiguelo. Desde luego, suponiendo posible la entrada, Doña Lucrecia le hubiera escudado con su propio cuerpo, y hubiera sido preciso dar muerte á entrambos.

Alfonso. Bueno: ¿y qué mas?

Rustiguelo. No tenia yo órdenes relativas á ella.

Alfonso. Rustiguelo, el buen servidor sabe comprender y penetrar la voluntad del príncipe, sin darle la molestia de decirlo todo.

Rustiguelo. Además, hubiera temido indisponer á vuestra Alteza con el pontífice.

Alfonso. ¡Qué imbécil eres!

Rustiguelo. Muy embarazoso hubiera sido dar muerte á una parienta del Santo Padre.

Alfonso. Pero ya que no la matases, ¿no podias gritar, llamar, advertirme, é impedir que escapase el amante?

Rustiguelo. Cierto que lo hubiera podido hacer; pero mañana vuestra Alteza se hubiera reconciliado con Dª. Lucrecia, y pasado mañana Dª. Lucrecia me hubiera hecho ahorcar.

Alfonso. Basta: ¿me dijiste que no hay nada perdido todavía?

Rustiguelo. Nada: ¿veis en esta ventana una luz? prueba de que Genaro no ha salido: su criado, á quien ganó la duquesa, me está ahora vendido, y todo me lo ha contado. En este instante está aguardando á su amo detrás de la ciudadela con dos caballos ensillados; y Genaro va á salir para reunírsele dentro de pocos minutos.

Alfonso. En este caso, embosquémonos tras de esta esquina, la noche es muy oscura, y lo matarémos al paso.

Rustiguelo. Como gusteis.

Alfonso. ¿Llevas buena espada?

Rustiguelo. Excelente.

Alfonso. ¿Tienes un puñal?

Rustiguelo. Dos cosas hay difíciles de hallar en el mundo, y son: un italiano sin puñal, y una italiana sin amante.

Alfonso. Perfectamente: herirás con ambas manos.

Rustiguelo. ¿Pero, porqué, señor duque, no lo mandais prender, y ahorcar luego por sentencia del fiscal?

Alfonso. Es súbdito de Venecia, y esto equivaldria á declarar la guerra á la República. No: una estocada no se vé venir ni compromete á nadie: el veneno fuera mejor todavía; pero este medio nos ha fallido ya.

Rustiguelo. Entonces, si quereis, iré á buscar cuatro esbirros para que lo despachen sin que tengais que mezclaros en esto.

Alfonso. Amigo mio, Maquiavelo me ha aconsejado varias veces que lo mejor en estos casos es que obren los príncipes por sí mismos.

Rustiguelo. Alguien se acerca.

Alfonso. Mantengámonos arrimados á la pared (*Ocúltanse en la sombra debajo del balcon. Sale Mafeo en traje de fiesta musitando un aria y llama á la puerta de la casa de Genaro*).

ESCENA II.

DON ALFONSO *y* RUSTIGUELO *ocultos*; MAFEO *y* GENARO.

Mafeo. Genaro! (*Sale Genaro á abrir la puerta*).

Genaro. Eres tú, Mafeo. ¿Quieres entrar?

Mafeo. No; solo vengo á hablarte dos palabras. Efectivamente estás decidido á no venir con nosotros á cenar en casa de la Negroni?

Genaro. Como no se me ha convidado....

Mafeo. Yo te presentaré.

Genaro. Tengo otro motivo, y á ti bien te lo puedo decir. Me voy de Ferrara.

Mafeo. Cómo! te vas?

Genaro. Dentro de un cuarto de hora.

Mafeo. Porqué causa?

Genaro. Ya te la explicaré en Venecia.

Mafeo. Algun asunto de amor?

Genaro. Cierto, un asunto de amor.

Mafeo. Muy mal te conduces conmigo, Genaro; puesto que habiendo jurado ser inseparables y hermanos, me dejas ahora.

Genaro. Vente conmigo.

Mafeo. Quédate tú á mi lado mas bien: no vale mas pasar una noche en la mesa rodeados de hermosas damas y de alegres convidados, que en un camino real expuestos á los bandidos y precipicios?

Genaro. Esta mañana parece que no estabas muy seguro de tu princesa Negroni.

Mafeo. Estoy mejor informado, y Jeppo tiene razon: es una mujer encantadora y de buen humor, aficionada á los versos y la música: ahí está todo: con qué así ven conmigo.

Genaro. Imposible.

Mafeo. Partir á media noche! vas á ser asesinado!

Genaro. No tengas cuidado. Adios y que te divierias.

Mafeo. Amigo Genaro, tu viaje me da mucho que temer.

Genaro. Amigo Mafeo, tambien tu cena se me hace sospechosa.

Mafeo. ¿Si te sucediese alguna desgracia no estando yo á tu lado?

Genaro. ¿Quién sabe si me pesará mañana de no haber estado contigo esta noche?

Mafeo. No nos separemos pues, está decidido; ceda cada uno un poco de su parte, vente conmigo esta noche en casa de la Negroni; y mañana al despuntar el dia te acompañaré en tu partida.

Genaro. Ya veo que es fuerza que te cuente en confianza los motivos de mi marcha repentina: y vas á juzgar si tengo razon (*Lleva aparte á Mafeo, y le habla al oido*).

Rustiguelo. (*Debajo del balcon y en voz baja á D. Alfonso*). ¿Atacamos monseñor?

Alfonso. (*Tambien en voz baja*). Veamos antes en que para esto.

Mafeo (*Suelta una carcajada despues de haber oido la relacion de Genaro*). ¿Quieres que te hable con franqueza, Genaro? No hay en este asunto nada de veneno ni de contraveneno, sino que ha sido pura comedia. Lucrecia está perdidamente enamorada de tí, y ha querido darte á entender que te salvaba la vida para que llegases al amor por medio del agradecimiento. El Duque es un hombre de bien, incapaz de envenenar ó asesinar á nadie, mucho menos sabiendo que salvaste la vida á su padre. La duquesa quiere que partas, y en efecto su amoroso plan se desenvolveria mejor en Venecia que en Ferrara; pues un marido siempre incomoda. En cuanto á la cena de la Negroni, será soberbia. Tú nos acompañarás. ¡Qué diablos! es preciso reflexionar las cosas sin exagerarlas: sabes que soy discreto y capaz de dar un buen consejo. Porque haya habido dos ó tres famosas cenas en que los Borgias han envenenado á sus mejores amigos con un buen vino, no es una razon para dejar de cenar enteramente, ni para ver veneno en el delicioso vino de Siracusa, ó Lucrecias en todas las bellas princesas de Italia.

Genaro. En el hecho, no deja de ser estraño huir así de noche, y parece que es por miedo, por otra parte si hay algun riesgo en quedarme, no debo dejar solo en él á Mafeo: es una eventualidad como otra cualquiera, con que así, ya estoy resuelto; véngome contigo y me presentarás á la princesa Negroni.

Mafeo (*Le aprieta la mano*). ¡Por Dios que veo en tí un verdadero amigo! *Vanse D. Alfonso y Rustiguelo salen á la escena*).

Rustiguelo (*Con la espada desnuda*). Vamos, señor; ¿á qué aguardais: no son mas que dos: cargad sobre vuestro hombre, y dejad el otro á mi cargo.

Alfonso. No, Rustiguelo; si no lo he entendido mal van á cenar en casa de la Negroni..(*Guarda un instante de silencio como pensativo: y luego suelta una carcajada*). A fe mia esto acabaria mucho mejor el asunto y fuera un lance excelente!... Aguardemos á mañana (*Vanse y entran en palacio*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y DEL CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Salon magnífico del palacio Negroni; á la derecha una puerta falsa, y en el fondo otra grande de dos hojas. En el centro de la sala hay una mesa servida con lujo y segun la moda del siglo XV. Paséanse en torno de la mesa dos pajecillos negros.—Al levantarse el telon vense catorce convidados á la mesa, y son: Jeppo, Mafeo, Ascanio, Oloferno, Apóstolo, Genaro y Gubeta, con siete hermosas jóvenes lindamente ataviadas. Unos comen, otros beben, otros rien á carcajadas con sus vecinas, excepto Genaro que permanece silencioso y meditabundo.

ESCENA PRIMERA.

JEPPO, MAFEO, ASCANIO, OLOFERNO, APOSTOLO, GUBETA, GENARO, *mujeres y pajes.*

Oloferno (*Con el vaso en la mano*). Viva el vino de Jerez! ¡Qué pueblo tan delicioso es el de Jerez de la Frontera!

Mafeo (*Con el vaso en la mano*). Este vino es mejor que las historias que nos contais, Jeppo.

Ascanio. Jeppo tiene el defecto de contar historias cuando ha bebido bien.

Apostolo. El otro dia fué en Venecia en casa del serenísimo dux Barbarigo; hoy es en Ferrara en el palacio de la divina princesa Negroni.

Jeppo. El otro dia fué una historia lúgubre, y hoy es una historia alegre.

Mafeo. ¿Una historia alegre, Jeppo? Así llamais á la de D. Siliceo, jóven de treinta años y hermoso, que habiendo perdido su hacienda en el juego casó con la opulenta Marquesa Calpurnia, que contaba cuarenta y ocho abriles: por vida de Baco, á esto llamais alegre?

Gubeta. Es triste, pero muy comun: un hombre arruinado se casa con las ruinas de una mujer: esto lo vemos todos los dias (*Gubeta se pone á comer. De cuando en cuando se levantan algunos de la mesa y se adelantan al proscenio para hablar entre sí, mientras continua el banquete*).

Negroni (*A Mafeo, señalando á Genaro*). Señor Conde Orsini, ¡vaya que teneis ahí un amigo que parece muy triste!

Mafeo. Siempre está así, señora; debeis perdonarme el haberlo traido sin haberle vos convidado; pero es mi hermano de armas, salvóme la vida en el asalto de Rímini, y yo recibí en el puente de Vicenza una estocada que le iba dirigida: así que, nunca nos separamos, vivimos juntos y segun la prediccion de cierto gitano ambos debemos morir en un mismo dia.

Negroni (*Riendo*). ¿Y no os predijo si habia de ser por la mañana ó por la noche?

Mafeo. Dijo que en una mañana.

Negroni (*Riendo mas recio*). Vuestro gitano no supo lo que decia, ¿y le amais mucho á este jóven?

Mafeo. Cuanto puede amar un hombre á otro.

Negroni. Así os bastais recíprocamente: ¡sois muy felices!

Mafeo. La amistad, señora, no basta para llenar todo el corazon.

Negroni. ¡Dios mio! ¿qué es lo que puede llenarlo pues?

Mafeo. El amor, señora.

Negroni. Siempre teneis el amor en los labios.

Mafeo. Y vos en los ojos.

Negroni. Sois muy particular.

Mafeo. Y vos muy hermosa (*Pásale el brazo al rededor del cuerpo*).

Negroni. Señor conde Orsini, soltadme.

Mafeo. Dejad que bese vuestra linda mano.

Negroni. De ninguna manera (*Se le escapa*).

Gubeta (*Dirigiéndose á Mafeo*). ¿Parece qué haceis grandes progresos con respecto á la princesa Negroni.

Mafeo. Todo me lo niega.

Gubeta. Un *no* en boca de la mujer es primo hermano de un *sí*.

Jeppo (*Se acerca á Mafeo*). Qué tal encuentras á la Negroni?

Mafeo. Adorable, y aquí en confianza, confiésoos que empieza á ajitarme el corazon.

Jeppo. ¿Y su cena?

Mafeo. Es un banquete soberbio.

Jeppo. La princesa es viuda.

Mafeo. ¡Bastante lo demuestra en su alegría!

Jeppo. ¿Espero que ya no te causa recelos esta cena?

Mafeo. Ciertamente estaba loco cuando tal dije.

Jeppo (*A Gubeta*). Señor de Belverana, ¿creeréis que Mafeo tenia miedo de venir á cenar con la princesa?

Gubeta. ¿Miedo? ¿y por qué?

Jeppo. Porque este palacio se halla contiguo al de Borgia.

Gubeta. Váyanse al diablo los Borgias, y bebamos.

Jeppo (*En voz baja á Mafeo*). Lo que mas me gusta de ese Belverana es que aborrece á los Borgias.

Mafeo (*Aparte á Jeppo*). En efecto, no deja escapar ocasion de echarlos al diablo con una gracia muy particular; con todo, amiguito...

Jeppo. Qué ?

Mafeo. He observado que en toda la cena este supuesto español no ha bebido mas que agua.

Jeppo ¿Ya vuelven á renacer tus sospechas ? ¡siempre lo mismo !

Mafeo. Tal vez tendrás razon, soy un loco

Gubeta (*Acércase á Mafeo y lo mira de pies á cabeza*). Habeis de saber, señor Mafeo, que vuestra presencia indica una vida de noventa años, pues os pareceis á cierto abuelo mio que llegó á esta edad, y se llamaba como yo Gil, Basilio, Fernan, Ireneo, Felipe, Frasquito, conde de Belverana?

Jeppo. (*Aparte á Mafeo*) Espero que no dudarás de que sea español viendo que á lo menos tiene veinte nombres de bautismo (*Alto*). ¡Qué letanía, señor de Belverana !

Gubeta. Ah! Nuestros padres acostumbran á daruos mas nombres de bautismo que escudos en nuestros matrimonios. ¿ Pero de que están riendo aquellos señores? (*Aparte*). Es necesario que las mujeres tengan un pretexto para irse : ¿cómo lo hallarémos? (*Vuélvese á la mesa y se sienta*).

Oloferno (*bebe*). Por vida de Hércules, que es esta la noche mas deliciosa de mi vida. Señoras, probad este vino; y lo hallaréis mas dulce que el *lacrima christi*, y mas ardiente que el de Chipre: es vino de Siracusa, Señores.

Gubeta (*comiendo*). Oloferno está borracho segun parece.

Oloferno. Señoras, voy á recitarles unos versos que acabo de componer, aunque quisiera ser mejor poeta de lo que soy para celebrar á unas damas tan hermosas.

Gubeta. En cuanto á mí, quisiera ser mas rico de lo que tengo el honor de ser para darlos iguales á mis amigos.

Oloferno. Nada hay como cantar á una hermosa y una exquisita cena.

Gubeta. Escepto el dar un abrazo á la primera y comer en la última.

Oloferno. Sí; quisiera ser poeta, y poder elevarme hasta el cielo : quisiera tener alas.

Gubeta. De faisan en mi plato.

Oloferno. Voy con todo á recitaros mi soneto.

Gubeta. Qué diablos! Señor marqués Oloferno Vitellozzo, os dispenso de recitar vuestro soneto : dejadnos beber.

Oloferno. ¿Con qué me dispensais de recitarlo?

Gubeta. Como dispenso á los perros de morderme, al pontifice de bendecirme, y á los transeuntes de apedrearme.

Oloferno. Por vida de, señor españolito, que creo me estais insultando!

Gubeta. No trato de insultaros, señor coloso de Italia ; solo que niego mi atencion á vuestro soneto, y ahí está todo: mi garganta tiene mas sed de vino de Chipre que mis orejas de poesía.

Oloferno. Vuestras orejas, señor castellano, os las clavaré en los talones.

Gubeta. Sois un absurdo bribon : ¿hase visto jamás semejante ma-

jadero? emborracharse con vino de Siracusa y portarse como si se hubiese hartado de cerveza!

Oloferno. Sabeis que os voy á descuartizar?

Gubeta (*cortando un faisan*). No os diré yo tal, pues no descuartizaria yo á un avechucho como vos.—Señora permitidme queos sirva de este faisan.

Oloferno (*coge un cuchillo de la mesa*). Por Dios que voy á despachurrar á este pícaro, aun que fuera mas noble que el emperador!

Las mujeres (*levantándose de la mesa*). Cielos van á batirse!

Los hombres. Poco á poco, Oloferno!

(*Desarman á Oloferno que quiere echarse sobre Gubeta.—Las mujeres entre tanto desaparecen por la puerta lateral*).

Oloferno (*haciendo por desprenderse de los que lo retienen*). Soltadme!

Gubeta. A fe que rimais tan bien que habeis ahuyentado á las damas. Sois un orgulloso muy poco diestro.

Jeppo. Así es la verdad! ¿Qué diablos se habrán hecho?

Mafeo. Han tenido miedo: á navaja que brilla, mujer que chilla.

Ascanio. Qué! ya volverán luego.

Oloferno (*amenazando á Gubeta*). ¡Mañana nos verémos, señor Belverana de los infiernos!

Gubeta. Mañana, como gusteis (*Oloferno vuelve á sentarse á la mesa vacilando. Gubeta se rie*). Imbécil! ahuyentar á las damas mas bellas de Ferrara con un cuchillo que lleva por mango un mal soneto! ¡Incomodarse por unos versos! Creo que en efecto ese Olofermo tiene alas, pues mas bien que hombre es un avechucho que titubea y debe dormir la zorra!

Jeppo. Vamos, señores, haced las paces, que mañana podreis enviaros lindamente y con calma al otro mundo: entonces os batiréis como caballeros, con la espada y no con un mal cuchillo.

Ascanio. A propósito, ¿y dónde están nuestras espadas?

Apóstolo. ¿Olvidais que nos las han hecho depositar en la antesala?

Gubeta. Y no ha sido mala precaucion, pues de otro modo nos hubiéramos batido delante de las señoras, de lo que se avergonzarian los mismos Flamencos borrachos de tabaco.

Genaro. ¡Excelente precaucion en efecto!

Mafeo. Por Dios, hermano Genaro! ve ahí las primeras palabras que pronuncias desde que empezó la cena! ¿No bebes? Estás acaso pensando en Lucrecia Borgia? Genaro! tienes con ella algun amorío sin duda alguna; no puedes negarlo.

Genaro. Echame vino Mafeo, que yo no abandono á mis amigos ni en la mesa ni en el fuego.

Un Paje (*con dos frascos en la mano*). ¿Señores, vino de Chipre, ó vino de Siracusa?

Mafeo. De Siracusa, es mejor (*El paje llena todos los vasos*).

Jeppo. Maldito Oloferno! ¿qué no volverán esas señoras? (*Va á atisbar en las dos puertas*). Señores, las puertas están cerradas por defuera.

Mafeo. No vayais á tener miedo tambien; no habrán querido las señoras que las sigamos, y esto es muy claro.

Genaro. Señores, bebamos! (*brindan*).

Mafeo. A tu salud, Genaro, y que encuentres pronto á tu madre.

Genaro. Oigate Dios! (*Beben todos, menos Gubeta que arroja el vino por encima del hombro.*)

Mafeo (*aparte á Jeppo*). Ahora, Jeppo, lo he visto muy bien.

Jeppo (*aparta á Mafeo*). ¿Qué?

Mafeo (*aparte*). El español no ha bebido.

Jeppo (*id.*) ¿Y qué mas?

Mafeo (*id*). Ha arrojado el vino por encima del hombro.

Jeppo (*id*). El está beodo, y tú lo mismo.

Mafeo (*id*). Todo es posible.

Gubeta. Señores una cancion al vino que sea mejor que el soneto del marqués de Oloferno. Sin embargo, no seré yo quien la cante, pues os juro por las canas de mi padre, que no sé canciones; pues ni soy poéta, ni tengo talento para hallar consonantes. Pero vos, señor Mafeo, que sois hombre de buen humor, sabréis sin duda alguna cancion propia para nuestro caso. ¡Qué diablos! cantar señores, cantar y divertirse!

Mafeo. Consiento; pero llenad los vasos (*Canta*).

I.

Viva el placer, amigos,
La noche y la locura,
Del vino la dulzura
Y el alegre existir;
Y vivan las hermosas,
Los nobles caballeros,
Que en ojos hechiceros
Beben amor sin fin.

II.

Negra es la tumba
Breves los años
Mil desengaños
El mundo da.
Bebamos siempre
Por siempre amemos,
Y así olvidemos
Lo que vendrá.

TODOS REPITEN EN CORO.

Negra es la tumba, etc.

(*Entrechocan los vasos y todos rien á carcajadas: de repente se oyen voces distantes que cantan por la parte de afuera en tono lúgubre*).

CANTO LEJANO FUERA DE LA SALA.

Sanctum et terribile nomen ejus Initium sapientiæ timor Domini.

eppo ¿No oís, señores?—Mientras cantamos á Baco, el eco canta á vísperas.

odos. ¡Escuchemos!

CANTO DE FUERA Y ALGO MAS CERCANO.

Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.

eppo (*riendo*). ¡Canto llano puro!

Iafeo. Será que pasa alguna procesion.

Genaro. ¡A media noche! es un poco tarde.

eppo. Bah! Bah! prosigamos.

EL CANTO SE VA ACERCANDO MAS Y MAS.

Oculos habent et non videbunt, nares habent et non odorabunt. aures habent et non audient.

eppo. ¡Son muy vocingleros estos frailes!

Iafeo. ¿No ves, Genaro? aquí se van apagando las luces y en breve nos quedarémos enteramente á oscuras!

OYENSE MUY INMEDIATAS LAS VOCES QUE CANTAN.

Manus habent et non palpabunt, pedes habent et non ambulabunt, non clamabunt in gutture suo.

Genaro. Paréceme que las voces estas se nos van aproximando.

eppo. La procesion parece hallarse ahora debajo de estas ventanas.

Iafeo. Es el canto de difuntos.

Iscanio. Será sin duda algun entierro.

eppo. Bebamos á la salud del que van á enterrar.

Gubeta. ¿Sabeis por ventura si será mas de uno?

eppo. Pues á la salud de todos los que sean (*brindan*).

Apostolo. ¡Bravo! Ahora continuemos nuestra cancion (*Mafeo canta*)

En la risueña Italia
Bajo un cielo de rosas
Beldades cariñosas
Endulzan el vivir,
Y en vivos regocijos
Las copas de ambrosía
Infunden la alegría
Brindando en el festin.

CORO.

Negra es la tumba, etc.

(*Abrese enteramente la puerta grande del fondo sin hacer ruido, y tras de ella se ve una gran sala entapizada de bayeta negra: alúmbranla achas encendidas, y en el fondo se ve una gran cruz blanca. Van desfilando y entrando por la gran puerta congregantes unos negros y otros blancos que solo muestran los ojos por los agujeros de sus cucuruchos, cada uno con una cruz en la cabeza y una acha encendida cantando con voz lúgubre.*)

De profundis clamavi ad te Domine!

Luego van á alinearse en silencio á los dos lados y en el fondo de la escena permaneciendo luego inmóviles como estatuas, mientras los jóvenes los estan contemplando con espanto y estupefactos).

Mafeo. Qué significa esto?

Jeppo (afectando reir). Es una chanza! Apuesto mi caballo sobre un cochino, y mi nombre de Liveretto sobre el de Borgia, á que nuestras hermosas condesas han tomado este disfraz para probar nuestro valor; y estoy seguro de que si levantamos el velo á cualquiera de estas figuras hallarémos la cara de una hermosa.— O sino vais á verlo (*Va á levantar el velo á uno y queda atónito al ver la cara lívida de un fraile que permanece inmóvil con la vista al suelo; en seguida suelta el velo y retrocede espantado*).— Esto empieza á presentarse bajo un aspecto muy extraño!

Mafeo. No sé porque se me hiela la sangre! (*Los penitentes cantan con voz muy recia.*)

Conquassabit capita in terra multorum

Jeppo. ¡Qué terrible lazo! Vengan nuestras espadas; ¿estamos en casa del demonio?

ESCENA II.

DICHOS Y LUCRECIA.

Lucrecia. Señores, estais en mi casa.

Todos (excepto Genaro, que todo lo observa desde un rincon del teatro en que no lo ve Lucrecia). Lucrecia Borgia!

Lucrecia. No ha muchos dias, señores que estais aquí, que pronunciasteis mi nombre con aire de triunfo; hoy parece que lo pronunciais con espanto; y no podeis fijar siquiera en mi vuestra vista aterrorizada. Yo soy, señores, que vengo á daros la noticia de que estais todos envenenados y que á ninguno de vosotros queda una hora de vida. Nadie se mueva de aquí, pues estais rodeados de gente armada. Ahora me ha llegado el turno de hablaros alto, señores, y de poner mis pies sobre vuestras cabezas.—Jeppo Liveretto, anda á reunirte á tu tio Viteli, á quien dí muerte á puñaladas en los calabozos del Vaticano!—Ascanio Petrucci, ve á encontrar á tu primo Pandolfo, á quien asesiné para usurparle su ciudad!—Oloferno Vitellozzo, tu tio te aguarda, ya le conoces, fué Yago de Appiani á quien dí veneno en un festin!—Mafeo Orsini, anda al otro mundo y habla de mí á tu hermano de Gravina á quien mande sofocar mientras dormia!—Apóstolo Gazela, hice decapitar á tu padre Francisco Gazela, y degollar á tu primo Alfonso de Aragon; anda á juntarte con ellos.— Me disteis un baile en Venecia; y os vuelvo el obsequio con una cena en Ferrara, fiesta por fiesta, señores.

Jeppo. Qué triste despertar!

Mafeo. ¡Pensemos en Dios!

Lucrecia. ¿Con qué, amigos mios del último carnaval, no esperabais este acontecimiento? Paréceme que esto se llama una venganza: ¿qué tal os parece?—Señores, el que entienda de venganzas que venga, y diga que tal es esta para una mujer? (*A los frailes*). Padres reverendos, llevaos estos nobles caballeros á la sala inmediata, que está ya arreglada, dadles la confesion y ved de aprovechar los pocos instantes que les quedan para salvar lo que aun en ellos puede salvarse.—Señores, los que tengan aprecio á su salvacion no pierdan tiempo.—No temais, que os hallais en buenas manos: estos dignos padres son monges regulares de San Sixto, á quienes nuestro Santo Padre permite que me presten su auxilio en ocasiones como la presente.—Ya veis que no me olvidé de vuestras almas! Tampoco descuidé vuestros cuerpos, y así mirad (*A los frailes que se hallan delante de la puerta del fondo*). Apartaos un poco, mis buenos padres, para que estos señores lo vean (*Los frailes se hacen á un lado, y dejan ver detrás de la gran puerta cinco féretros cubiertos con un paño negro*).

Lucrecia. El número está cabal, cinco son los féretros.—¡Ah jóvenes insensatos! arrancasteis el corazon á una desgraciada mujer, creyendo que esta mujer no se vengaria!... Ahí está el tuyo Jeppo; este es para tí, Mafeo; Oloferno, Apostolo, Ascanio, ved ahí los vuestros!

Genaro (*habiéndose mantenido hasta entonces en un rincon de la escena, sin ser visto de Lucrecia, se adelanta diciendo*). ¡Falta uno, señora!

Lucrecia. Cielos! Genaro!

Genaro. El mismo.

Lucrecia. Que salgan todos de aquí, y déjennos solos.—Gubeta, nadie entre, suceda lo que suceda, ni por cuanto pueda oirse desde fuera de lo que va á pasar en este sitio.

Gubeta. Está bien (*Los frailes se retiran en forma de procesion, llevando entre sus filas á los cinco jóvenes envenenados, cabizbajos y abatidos*).

ESCENA III.

GENARO Y LUCRECIA.

Apenas iluminan el salon algunas lámparas moribundas. Las puertas están cerradas. Lucrecia y Genaro habiendo quedado solos se contemplan recíprocamente en silencio por algunos instantes, como no sabiendo por donde empezar á hablarse.

Lucrecia. Genaro! (*Oyese el canto de los frailes en el exterior*).
Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laborant qui ædificant eam.

Lucrecia. ¿Vos tambien aquí, Genaro? Siempre habeis de hallaros bajo mis golpes? ¡Dios mio! ¿Cómo habeis venido aquí?

Genaro. No presumí que....

Lucrecia. Otra vez estais envenenado. Vais á morir.

Genaro. Todavía poseo el contraveneno.

Lucrecia. ¡ Ah ! bendito sea Dios !

Genaro. Una palabra, señora : supuesto que debeis entender mucho esta materia, decidme: ¿hay en esta redoma bastante antídoto para salvar á los caballeros que esos frailes acaban de llevarse?

Lucrecia (*examina la redoma*). Apenas hay bastante para tí, Genaro !

Genaro. ¿Y no podeis proporcionarme mas al instante?

Lucrecia. Os entregué cuanto tenia.

Genaro. Está bien.

Lucrecia. ¿Qué haceis, Genaro ? Pronto bebed el antídoto, y no os querais burlar con cosas tan terribles. Nunca es bastante pronto para tomar un contraveneno. Tomadle pues. ¡ Dios mio ! Qué imprudente habeis sido ! Salvad vuestra vida, os haré salir de aquí por una puerta secreta que yo sola conozco ; y todo aun se reparará. Es de noche ; se ensillarán en un instante los caballos, y mañana al amanecer estaréis lejos de Ferrara. No veis que aquí suceden cosas espantosas? Bebed y salgamos: debeis vivir, es preciso que salveis vuestra vida.

Genaro (*toma un cuchillo de encima de la mesa*). Todo esto quiere decir que vais á morir, señora.

Lucrecia. ¡ Cómo ! ¿ Qué estais diciendo ?

Genaro. Digo que acabais de envenenar traidoramente á cinco caballeros amigos mios, mis mejores amigos ! y entre ellos á Mafeo Orsini, mi hermano de armas que me salvó la vida en Vicenza y cuyas injurias y venganzas me son comunes : digo que vuestra conducta es infame, que debo vengar á Mafeo y á los demas, en fin que vais á morir !

Lucrecia. ¡Oh cielos!

Genaro. Rogad á Dios, y sed breve, señora, por que estoy envenenado y no tengo tiempo para aguardar.

Lucrecia. ¡ Qué ! esto es imposible ! ¿vos Genaro, vos matarme? no, puede ser.

Genaro. Es la pura realidad, señora ; y os juro que en vuestro lugar pondríame á rogar á Dios en silencio, de rodillas y con las manos cruzadas.— Tomad, ahí teneis un sillon que puede serviros de reclinatorio.

Lucrecia. No : repito que es imposible : entre las mas terribles ideas que cruzan por mi mente nunca esta me hubiera ocurrido.— Pero ah ! ah ! levantais el cuchillo ! Aguardad, Genaro, pues tengo algo que deciros !

Genaro. ¡Pronto !

Lucrecia. Arroja este cuchillo, desdichado, arrójalo te digo, si supieses !.... Genaro ! Sabes quién eres?.... Sabes quién soy? Ignoras cuan de cerca me perteneces. Ya es preciso decirlo, corre una misma sangre por nuestras venas : tu padre es Juan de Borgia, duque de Gandía.

Genaro. Vuestro hermano ! Ah ! soy vuestro sobrino ! ah, señora !

Lucrecia (*Aparte*). Mi sobrino!

Genaro. Vuestro sobrino! Ah! mi madre es esa desgraciada duquesa de Gandía, á quien los Borgias han hecho tan infeliz! Lucrecia, de vos me habla mi madre en sus cartas, vos sois de esos parientes desnaturalizados que me pinta con horror, que dieron la muerte á mi padre y á ella un destino de lágrimas y de sangre. Ahora tengo además que vengar á mi padre y salvar de vos á mi madre: soy vuestro sobrino, soy un Borgia, y esto me vuelve el juicio.—Escuchad, Lucrecia Borgia, harto tiempo habeis vivido y estais tan llena de atentados, que habeis de seros odiosa á vos misma. No hay duda, estais cansada de vivir: no es así? Entonces acabemos: en las familias como la nuestra en que el crímen es hereditario y se trasmite de padres á hijos con el nombre sucede á menudo que esta fatalidad acaba con un asesinato que es por lo comun un asesinato de familia, último crímen que lava todos los demás. Ningun noble se ha visto increpado por haber cortado una mala rama al árbol de su casa. El español Mudarra dió muerte á su tio Rodrigo de Lara por menos de lo que vos habeis hecho, y ese español se vió alabado en todas partes porque mató á su tio; ¿lo oís vos que sois mi tia?—Baste lo dicho sobre este punto. Encomendad vuestra alma á Dios, si es que en vuestra alma y en Dios creeis.

Lucrecia. Genaro, ten piedad de tí mismo: todavía eres inocente, no quieras mancharte con un horrendo crímen.

Genaro. Un crímen! Así pierdo la cabeza! seria esto un crímen?—Pardiez soy un Borgia, y así arrodillaos os digo, arrodillaos!

Lucrecia. Hablas de veras, Genaro mio? Así pagas mi amor?

Genaro. Tu amor!...

Lucrecia. Es imposible, quiero salvarte de tí mismo, voy á llamar, á pedir socorro.

Genaro. No abriréis esta puerta ni podeis huir; y en cuanto á vuestros gritos, tampoco pueden salvaros; porque vos misma disteis órden de que nadie entrase por cuanto aquí sucediese.

Lucrecia. Pero vuestro intento es una vil cobardía, Genaro: matar á una mujer á una mujer indefensa: no, vuestra alma tiene unos sentimientos mas nobles! Oyeme y luego mátame si quieres, no tengo grande apego á la vida, pero debo desahogar un pecho angustiado por la manera como me has tratado hasta ahora. Eres jóven y la juventud es muy severa: ya que debo morir, no quiero que sea á tus manos: es imposible! ¿no conoces que tus manos no pueden derramar mi sangre? tú mismo no sabes todo el horror de una accion semejante. Por otra parte, Genaro, mi hora no ha llegado todavía y aunque ciertamente he hecho muchos actos detestables y he sido muy criminal, esto mismo es una razon para dejarme tiempo de reconocerme y arrepentirme: es preciso, absolutamente preciso. ¿Lo oyes, Genaro?

Genaro. Sois mi tia y la hermana de mi padre: ¿qué habeis hecho de mi madre, señora Lucrecia Borgia?

Lucrecia. Aguarda, detente! Dios mio no todo puedo decirlo; luego si lo dijese no haria mas que aumentar tu horror y menosprecio hacia mí! Pero escucha un momento. Oh! cuánto desearia que me recibieses arrepentida á tus pies! ¿Me perdonarás la vida, no es verdad? Quieres que tome el velo y que me sepulte en un cláustro? habla. Si te dijesen: esta desdichada se ha hecho rapar la cabeza, duerme sobre ceniza, cava su huesa con sus propias manos, ruega á Dios de dia y de noche, no por sí aunque mucho lo necesita, sino por tí, que pudieras pasarte de sus oraciones, y todo lo hace esta infeliz para obtener un dia de tí una mirada de compasion para que llegues á derramar una lágrima en las vivas llagas de su corazon y de su alma; para que no le digas como ahora con esa voz mas severa que la del juicio final: Sois Lucrecia Borgia: si todo esto te decian de esta mujer, Genaro, ¿tendrias valor para rechazarla? Ah! perdon! no me mates, Genaro mio! vivamos ambos; tú para perdonarme y yopara arrepentirme! Ten compasion de mí: ¿en fin de qué sirve tratar cruelmente á una débil y miserable mujer que no pide mas que alguna compasion!... alguna compasion! Perdóname la vida!—Luego por tí mismo lo digo, cometerias una cobarde vileza, un crímen horroroso un terrible asesinato! ¡Un hombre matar á una mujer! Un hombre que tiene la fuerza en favor suyo! Oh! no, no querrás cometer tamaña infamia!

Genaro (conmovido). Señora....

Lucrecia. Ah! me perdonas, lo conozco, lo leo en tus ojos! deja que llore á tus pies.

Una voz (desde afuera). Genaro!

Genaro. ¿Quién me llama?

La voz. Hermano mio, Genaro!

Genaro. Es Mafeo.

La voz. Genaro! yo muero! véngame!

Genaro (vuelve á levantar el cuchillo). Está dicho; y ya nada quiero oir! Señora, preparaos á recibir la muerte!

Lucrecia (trata de deshacerse de Genaro que la retiene, y le coge el brazo que la amenaza). Perdon! perdon! escucha una palabra.

Genaro. No!

Lucrecia. Perdon! Escucha!

Genaro. No!

Lucrecia. Por Dios.

Genaro. No! (*la hiere*).

Lucrecia. Ay!... Me has muerto!... Genaro! soy tu madre!

FIN DEL DRAMA.